

Extractivismo, conflictos y ecocidio en África: el caso de la cuenca del río Congo (República Democrática del Congo) y del delta de Níger (Nigeria)

Mbuyi Kabunda Badi*

Resumen. África cuenta con 33 por ciento de los recursos naturales del planeta, minerales, agrícolas y energéticos. Sin embargo, tales recursos no contribuyen a la mejora de las condiciones de vida de los africanos. En lugar de la bendición, esos recursos se han convertido en maldición, es el caso del delta del Níger. África posee también importantes recursos forestales. Las selvas de la cuenca del río Congo constituyen la segunda biodiversidad tropical después de Amazonia. Por desgracia, la sobrevivencia de estas selvas ha sido amenazada por el efecto de la explotación minera y agrícola, de las guerras de depredación y de las actividades de las multinacionales madereras. En contraposición, la protección gana más terreno con la creación de parques nacionales y áreas protegidas, la elaboración de normas de gestión de las selvas y de reforestación, y con una mayor asunción de las multinacionales petroleras y mineras de sus responsabilidades sociales y medioambientales. El problema es estructural y se impone la adopción de otro modelo de desarrollo, basado en el poscrecimiento y en el ecodesarrollo, en sustitución del actual ecocidio.

Palabras clave: recursos naturales, degradación medioambiental, ecocidio, maldición del petróleo, Nigeria.

* Africano. Doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid, profesor honorario de la Universidad Autónoma de Madrid y miembro del Instituto Internacional de Derechos Humanos de Estrasburgo. Correo-e: mbuyikabunda2015@gmail.com

Extractivism, Conflicts and Ecocide in Africa: The case of the Congo River watershed (Democratic Republic of the Congo) and the Niger Delta (Nigeria)

Abstract. Africa accounts for 33 percent of the planet's natural resources: minerals, foodstuffs and energy sources. However, those resources do not contribute to an improvement in living conditions of Africans. Instead of a blessing, those resources have become a curse, as is the case of the Niger Delta. Africa also possesses significant forest resources. The jungles of the Congo River watershed make up the second-largest tropical biodiversity region after the Amazon. Unfortunately, the survival of these jungles has been threatened by the effects of mineral and agricultural exploitation, wars of depredation, and the activities of multinational logging companies. In contrast, protection efforts gain new territory with the creation of national parks and protected areas, the application of jungle management regulations and efforts of reforestation, and with greater adoption by mining and oil multinationals of their social and environmental responsibilities. The problem is structural and requires the adoption of another model of development, based on post-growth and eco-development, in place of the current ecocide.

Keywords: natural resources, environmental degradation, ecocide, oil curse, Nigeria.

Introducción

Se parte de la consideración según la cual, las personas en el continente, tanto autóctonas como foráneas, en el tiempo y el espacio, han mantenido con la naturaleza relaciones de extracción: la colonización europea en este continente tuvo como propósito principal la explotación, y las actuales economías, heredadas de aquella, son rentistas o especializadas en la extracción y exportación de materias primas agrícolas, minerales y energéticas. De ahí que en África muchas de las guerras de las últimas décadas destaquen por su carácter depredador. Se ha instaurado una verdadera cultura de la violencia y de la depredación, que causa importantes deterioros medioambientales, por la intervención de los señores de la guerra y de las multinacionales, que han convertido la guerra en un negocio.

Sin llegar a ser la causa principal de los conflictos, las materias primas son el combustible de dichos conflictos, muchos de los cuales ya hubieran finalizado sin el estímulo que representan estos recursos. De igual modo resulta alarmante la comprobación según la cual los países africanos más ricos en recursos naturales (República Democrática del Congo (RDC), Nigeria, Angola, Guinea Ecuatorial) son los que registran peores índices de desarrollo humano (IDH) y ocupan los últimos lugares en el *ranking* de IDH. Las materias primas, en este continente, en lugar de ser una bendición, han llegado a ser una maldición.

Como ya se había dejado constancia de ello en un estudio anterior, 33 por ciento de las reservas mundiales de materias primas más cotizadas en los mercados internacionales se encuentran en África (platino, fosfatos, cromo, manganeso, diamantes, uranio, cobalto, coltán). El continente es

también la mayor reserva energética del planeta (petróleo, carbono, gas natural, energía hidroeléctrica). Sin embargo, esos recursos, en muchos casos, en lugar de contribuir a la mejora de la situación socioeconómica de los pueblos africanos, se han convertido en la fuente de sus desgracias, lo que da del africano la imagen de «un hambriento sentado sobre una mina de oro». África cuenta con 33 de los 48 países menos avanzados del mundo, importa 50 por ciento de los alimentos, la proliferación de los conflictos armados, la mitad de los refugiados del mundo, la corrupción endémica y la pobreza estructural, apenas 1 por ciento de los intercambios mundiales y 2 por ciento de las inversiones extranjeras directas.

El presente análisis es también un diagnóstico de la relación entre el extractivismo, los conflictos armados y el deterioro medioambiental, y las consiguientes propuestas de eventuales salidas o alternativas.

Cabe mencionar que en este trabajo, por evidentes razones de espacio, no se profundiza el caso global de África, ya tratado en otros espacios o publicaciones previas dedicados al extractivismo y deterioro medioambiental en este continente (*Cfr.* Kabunda, 1997; 2008; 2016) —junto a las de Samir Amin (1995) y de René Dumont y Marie-France Mottin (1980) sobre la desertificación del Sahel—, a las que se remite al lector, limitándose aquí a un recorrido sobrio o escueto antes de ahondar en los casos específicos del golfo de Guinea (en su núcleo central que es el golfo de Níger o de Biafra en Nigeria) y la cuenca del río Congo, en particular en la región de los Grandes Lagos y la obra faraónica, la central hidroeléctrica de Inga, en la RDC.

Extractivismo, guerras y deterioro medioambiental en África: marco general y estado de la cuestión

En África la selva se está convirtiendo en sabana, y la sabana en desierto. De este modo, el continente se encamina hacia una gran catástrofe medioambiental de la que apenas se está tomando consciencia. Existen varias regiones amenazadas de infarto ecológico: el golfo de Guinea, el Sahel o la franja saheliano-sudanesa, las selvas de la cuenca del río Congo, la cuenca del Zambeze, los ecosistemas de los lagos Chad (cuenca), Naivasha o Victoria, etcétera.

La presencia de los recursos naturales es parte del aliciente para la degradación de la biodiversidad, debido a la acción del modelo de economía rentista adoptado por los países africanos, modelo heredado de la colonización y mantenido en la poscolonía. Tras servir de *leitmotiv* para la colonización del continente y para los intereses de las metrópolis, hoy estos recursos naturales, sin ser la principal causa de las guerras en África,¹ han generado conflictos armados fronterizos (por ejemplo, la franja de Auzú entre Chad y Libia, el enfrentamiento entre Malí y Burkina Faso, las tensiones entre Nigeria y Camerún sobre la península de Bakassi o entre Guinea Ecuatorial y Gabón sobre las islas Conga, Cocotier y Mbamé), han servido de caldo de cultivo a los movimientos separatistas o secesionistas (es el caso del Katanga o del Kasai en la RDC, de Biafra en Nigeria, del sur de Sudán o de La Casamance en Senegal), y han suscitado la codicia de los actores externos y de las multinacionales o la «colonización económica» (depredación) a mano de los

¹ Muchos conflictos que se suelen atribuir equivocadamente a causas étnicas únicamente son luchas de poder, abusos de poder o nacen de la reivindicación de la igualdad contra la exclusión, o de la soberanía, e incluso de la instrumentalización de las identidades.

países vecinos (como en la RDC y en el golfo de Guinea) o de combustibles para muchos conflictos armados en las dos últimas décadas (Liberia, Sierra Leona, Angola, RDC). Si bien dichos recursos generan más conflictos que cooperación, se ha de reconocer que los recursos naturales sirven también para fomentar la complementariedad o la cooperación/integración entre los países africanos. Existe una tendencia de gestión o explotación común, bilateral y multilateral de dichos recursos (entre Nigeria y Santo Tomé y Príncipe, entre la RDC y Angola, entre Chad y Camerún). De igual modo, se han creado instituciones para el uso de los recursos naturales y la mejora de las condiciones económicas y sociales de los pueblos de los países miembros y para beneficio de todos, así como medidas de corto plazo, a contracorriente de los egoísmos nacionales mediante la puesta en común y el aprovechamiento de los recursos naturales del continente, como en los casos de la Visión Minera para África (VMA) y del Centro Africano de Desarrollo Minero (CADM) (Cfr. Bassou, 2017).

África es fundamentalmente, al contrario de la opinión más extendida, un continente agrícola (o un «continente verde»), aunque también destaca por tener importantes reservas y la explotación de oro, cobre, cobalto, cromo, diamantes, platino, etcétera, tal y como queda patente en el cuadro 1.

Pese al hecho de exportar importantes minerales, es la agricultura el aspecto en el que África tiene ventajas comparativas y competitivas: 80 por ciento de la población africana vive en el campo y de la agricultura.²

² Siete de cada diez africanos son agricultores o son miembros de una familia de agricultores. En todos los países africanos los pequeños agricultores constituyen la mayoría de la población o son dueños de la tierra. Por lo tanto, el desarrollo tiene que partir de la agricultura tanto de autoconsumo como comercial (con la condición de incentivar a los agricultores o los campesinos en lugar de explotarlos para aprovisionar a las ciudades o centros urbanos), pues el modelo de desarrollo a partir de la industria no ha hecho nada más que favorecer la dependencia,

Su potencial minero no es ampliamente explotado debido al poco desarrollo tecnológico (Boillot e Idrissa, 2015). En el mismo sentido, Wangari Maathai (2010:271) manifiesta que a pesar de las altas tasas actuales de urbanización,³ la mayoría de los africanos sigue siendo rural y obtiene lo esencial de los recursos de la tierra. Por lo tanto se aboga por el modelo o la concepción africana del desarrollo, en la que lo social prima sobre lo económico o la humanización de la economía. Se trata de conciliar la mano invisible del mercado con la mano visible de la planificación.

Cuadro 1
Proporción de reservas africanas de algunos minerales

<i>Mineral</i>	<i>Tasa de reservas africanas</i>
Cobre	97%
Coltán	80%
Cobalto	50%
Oro	57%
Hierro	20%
Uranio y fosfatos	23%
Manganeso	32%
Vanadio	41%
Platino	49%
Diamantes	60%
Petróleo	14%

Fuente: Bassou (2007).

con el consiguiente aumento de las importaciones y del gasto público o el endeudamiento externo (Harrison, 1991:393).

³ Se estima que 56 por ciento de la población africana será urbana en 2050, frente a 37 por ciento en la actualidad.

Con la identificación de las causas del avance de la desertificación en el Sahel, René Dumont y Marie-France Mottin (1985) consideran que son los cultivos de cacahuates y algodón —con una fuerte demanda de los países del Norte, que exportan hacia la región sus máquinas y excedentes de cereales, junto a las políticas gubernamentales poscoloniales de los cultivos comerciales o de exportación para conseguir las divisas— las principales causas del deterioro de los suelos y por ende de la desertificación del Sahel, y la amenaza de desaparición total de las selvas verdes del África Occidental donde los gobiernos hipotecan sus recursos naturales. Todo ello explica, en la actualidad, la fuerte emigración de los jóvenes procedentes de esa región o el fenómeno de los migrantes ambientales que marcará ampliamente dicho proceso en los años venideros:

El golfo de Guinea es hoy una de las regiones clave en la geopolítica petrolera del inicio del siglo XXI y en el objetivo nuclear de las estrategias de desarrollo de las grandes multinacionales petroleras, tales como Shell, TotalFinalElf, ExxonMobil, Conoco, PetroChina, ChevronTexaco, ENI/Agip, Cepsa (Favennec y Copinschi, 2003:16).

Es hora de exigir a las multinacionales petroleras y mineras que asuman sus responsabilidades sociales y medioambientales y sobre todo permitir la gobernanza pública, tanto en el Sur global como en el Norte global, de los bienes colectivos planetarios, mediante la definición de un proyecto colectivo de desarrollo que concilie las dimensiones económicas con los aspectos sociales y medioambientales (Godard y Hommel, 2005/2006:110). El modelo dominante occidental, basado en el crecimiento ilimitado de los bienes materiales y de los recursos naturales, es insostenible y ecocida o depredador

de la naturaleza, pues se necesitarían al menos seis planetas para poder soportar el desastre ecológico que produce el sistema.

El grave error que se ha cometido en este continente es apostar, siguiendo las teorías de moda de las décadas de 1960 y 1970, por la industrialización para alcanzar el nivel de desarrollo de los países del Norte. Se perdió, y se sigue perdiendo de vista, según la acertada puntualización de Harrison (1991), el hecho de que ningún país se ha industrializado, sin dotarse previamente de unas bases agrícolas sólidas y sanas. El estancamiento en el que se encuentra la agricultura africana explica que se hayan reducido considerablemente sus posibilidades de industrialización.

Los casos del delta de Níger y de la cuenca del río Congo

Se ha optado por estas regiones, como se ha mencionado con anterioridad, por ser precisamente las más dotadas en recursos naturales, aspecto que contrasta con el bajo nivel de desarrollo humano, además de ser sometidas a actividades extractivas, que se puede tachar de saqueo, por los actores locales e internacionales. En ambos casos, la explotación de los recursos naturales no renovables (petróleo y minerales) se ha acompañado de la violencia y del deterioro medioambiental. En estas regiones africanas persiste la destrucción de los ecosistemas y de la biodiversidad, junto a la proliferación «salvaje» de minas artesanales, como en el caso específico de la RDC.

Tal y como manifiestan varios autores (Courade, 2014:265; Cogneau, 2007:40; y Boniface, 2014:188-189), la explotación de los recursos mineros y energéticos de los países del África subsahariana (RDC, Sierra Leona,

Zambia, Angola, Nigeria, Congo, Gabón, Camerún, Guinea Ecuatorial, Chad...), además de generar pocos ingresos reales y pocos empleos decentes, las minas y las plataformas petroleras que crean son de hecho territorios o islotes extranjeros en el África subsahariana. Los contratos mineros son generalmente desfavorables a los Estados locales. Cuando las economías reciben ingresos importantes procedentes de esos sectores terminan cayendo en el «síndrome holandés» (o la enfermedad holandesa), financian las guerras entre las milicias o los malgastan de distintas maneras, además de sufrir los efectos no deseables de la explotación: la destrucción de ecosistemas, la polución o contaminación de las aguas y las condiciones de trabajo a menudo inadmisibles, que favorecen la extroversión de la economía. En otras palabras, se desfavorecen los ingresos de los campesinos y se favorece el consumo de bienes importados entre las clases pudientes.

En resumen, existe una larga tradición de saqueo de recursos naturales en África, iniciada durante la colonización. El caso de Leopoldo II con su «Estado Libre del Congo» es al respecto ilustrativo. En nombre del cristianismo, comercio y civilización (las 3C), el monarca belga convirtió, desde 1876 hasta 1908, el Congo en su finca personal con la confiscación de todas las tierras y la explotación del caucho y marfil por las empresas concesionarias, con graves consecuencias demográficas por los trabajos forzados de los congoleños en las minas y las plantaciones.

En opinión del profesor Nzongola-Ntalaja (2002:100), quien abunda en el mismo sentido, los enormes recursos naturales del Congo, «una tierra bendecida de los dioses», que valieron a este país el calificativo de *scandale géologique* (anomalía geológica), dieron lugar a la explotación por el «Estado Libre del Congo» del rey Leopoldo II y después a la colonización belga que instauró un sistema de explotación basado en la extracción y

exportación de materias primas con nulas inversiones e importantes deterioros medioambientales en el país. Dicho sistema se mantuvo incluso después del acceso del país a la independencia, a manos de las empresas extranjeras o las multinacionales que siguen con el saqueo en colaboración con sus socios locales. Tal como en la época de Leopoldo II, los recursos del Congo siempre han sido monopolizados por las clases gobernantes y sus socios comerciales externos, en detrimento del pueblo congoleño, que vive hoy en las peores condiciones de pobreza en el mundo. «Esto es el verdadero escándalo del Congo», concluye el profesor. Un país riquísimo que, sin embargo, forma parte de los 15 países más pobres del mundo (Cfr. Pourtier, 1992:269; véase también Boniface, 2014:189).

*El delta de Níger o de Biafra:
deterioro medioambiental y violencias armadas*

El delta de Níger (llamado también delta de Biafra), con una superficie de 70 mil km², cuya tercera parte está dominada por ríos, estuarios y acuarios, es parte integrante del golfo de Guinea,⁴ «una esponja de petróleo» o «el

⁴ Esta zona, de la que forma parte el delta de Níger destaca por la abundancia de los recursos petroleros con una capacidad de producción que iguala a la de Irán, México y Venezuela juntos (Ludevin, 2005:78), o sea 6 por ciento de la producción mundial con la posibilidad de aumentar dicha producción en las décadas venideras. Es una zona de inseguridad potencial por abarcar los importantes recursos naturales del continente en la costa atlántica y en particular por ser el terreno por excelencia de las disputas territoriales y marítimas, la piratería, el terrorismo y el bandidismo o el crimen organizado, y que destaca por una fuerte presencia internacional para la exploración y explotación de dichos recursos y para luchar contra la piratería (Cfr. El Houdaigui, 2017). Asimismo es la puerta de entrada en el continente, en su parte centro-occidental, y también de ingreso o acceso de la droga procedente del Oriente Medio, Asia y Latinoamérica, con destino a Europa y Norteamérica, a través de Nigeria. A imagen de este país, el delta se está convirtiendo en el teatro del fundamentalismo islamista

dorado petrolero» que abarca a media docena de países y que se extiende desde Angola hasta Nigeria con 30 mil millones de barriles potenciales. Se caracteriza por su rica biodiversidad y por aglutinar la selva tropical, junto a los bosques de manglares y de pantano; es decir, tierras fértiles con la presencia de una fauna y flora excepcionalmente potentadas (Cfr. Afinotan y Ojakorotu, 2009).

Con 2.5 millones de barriles diarios de petróleo explotados de su subsuelo —y que explica que Nigeria sea el sexto productor mundial de petróleo y el primero en África subsahariana—, el delta de Níger se ha convertido en el nuevo terreno para la expansión y rivalidades de las multinacionales petroleras. Sin embargo, tal y como recuerdan Leymarie y Perret (2006), Nigeria, «el gigante africano con pies de barro», es uno de los países más corruptos del mundo, con los peores índices de desarrollo humano, una deuda externa de unos 36 mil millones de dólares (la más alta del continente) y 70 por ciento de su población sobrevive con menos de un dólar al día.

Se estima que entre 2000 y 2019 los principales países productores de la zona (Nigeria, Angola, Guinea Ecuatorial, Congo-Brazzaville, Gabón, Camerún, Chad), al precio de 60 dólares por barril, se beneficiaron de unos mil millones de dólares (antes de la caída del precio del crudo en 2014). Sin embargo, el petróleo suele generar la mencionada «maldición», como el caso de Venezuela donde los gobiernos conservadores que precedieron

con el consiguiente terrorismo yihadista. Y por último, está en la intersección de los conflictos del África Occidental y del África Central. Es por excelencia la zona de las economías rentistas con todas sus consecuencias: el desarrollo de las desigualdades y de la inestabilidad, el abandono de la agriculturas, los efectos de la *Dutch Disease* (síndrome holandés) y de la maldición del petróleo (Mvomo Ela, 2009:183-184; véase también Evrard y Raujol, 2018), junto al tráfico de armas y el blanqueo de dinero.

al chavismo crearon las bases de la crisis actual al no diversificar la economía dependiente excesivamente del petróleo, lo que el entonces ministro venezolano de minas e hidrocarburos entre 1959 y 1963, Juan Pablo Pérez Alfonzo, calificó de «excremento del diablo» por la ruina que iba a traer posteriormente (Cfr. Steta, 2017:158). Lo que expresa también el eminente africanista galo, el profesor Jean-François Médard, quien refiriéndose al caso africano manifiesta:

El petróleo, lejos de ser un factor de desarrollo ha sido una catástrofe para esta región (Golfo de Guinea), y ello irá agravándose. Ha generado una corrupción monumental en las relaciones internacionales y en los propios Estados petroleros. Es preciso evocar la presencia de Elf en Gabón, en Congo, en Camerún, en Angola y en Francia. Los conflictos de Congo-Brazzaville y de Angola se alimentaron del petróleo que permitió la compra de armas. No es seguro que la paz en Angola ponga fin al saqueo del país por sus dirigentes,⁵ las multinacionales petroleras y las mafias mundializadas. La creciente necesidad del petróleo de Estados Unidos no hará más que empeorar la situación.

Es de sobra conocido que Estados Unidos tiene un interés especial en el petróleo del golfo de Guinea, que además de ser de muy buena calidad (ligero), tiene poco azufre (y por lo tanto muy atractivo para las industrias de refinería europeas y norteamericanas) y puede ser explotado en *offshore* o alta mar, lejos de los disturbios continentales o de las amenazas

⁵ Ello ha sido revelado por las investigaciones de «Luanda Leaks», que ha evidenciado la enorme fortuna de la hija del expresidente Eduardo dos Santos, convertida en la mujer más rica de África a partir de mercados y contratos inmobiliarios, de los diamantes y del petróleo de este país, al resguardo de una opacidad total (Cfr. *Le Monde*, 21 de enero de 2020:8-11).

terroristas, para diversificar sus fuentes de aprovisionamiento; también es fácil de transportar por mar hacia los mercados de consumidores norteamericanos y europeos (Favennec y Copinschi, 2003:15). Es decir, el petróleo del golfo interesa por razones económicas y de seguridad, y por los regímenes fiscales favorables a las inversiones extranjeras en cuanto al acceso a la explotación adoptados por los países africanos. Por todas esas razones, según subraya Ludevin (2005), Estados Unidos proyecta duplicar sus importaciones de petróleo del golfo de Guinea, pasando de 15 por ciento de las décadas anteriores a 30 por ciento en la actualidad, además de tener interés en el cobalto, cromo, platino y manganeso africanos.

Sin embargo, tiene que competir con China, la «locomotora del mundo» y un importante rival en África donde aplica los principios del Consenso de Beijing que, contrariamente al Consenso de Washington, destaca, entre otros, por su política de no injerencia en los asuntos internos y de préstamos sin condicionalidades o previas condiciones (salvo el no reconocimiento de Taiwán), o la «diplomacia del chequeo» o de recursos naturales por infraestructuras, por lo que gana la mayoría de los contratos de construcción o rehabilitación de las mismas en el continente por su política de presencia y cercanía sobre el terreno. Desgraciadamente, esta política viene ensombrecida por la venta de armas y el apoyo a los regímenes más represivos y poco recomendables (*Cfr.* Harel, 2006:227-234; Kabunda, 2019:47-49).

El delta de Níger se extiende sobre una superficie de 26 mil kilómetros cuadrados con un litoral atlántico de 250 kilómetros. Vive en esta región una población estimada en 10 millones de personas, pertenecientes a unos cuarenta grupos étnicos (minorías étnicas), entre ellos ogoníes, ijwas, ibibios, itsekiris y urhobos. Forma parte de las zonas rurales nigerianas más

pobladas, con una densidad de población promedio de 200 a 250 habitantes por kilómetro cuadrado (600 en algunos sitios).

Es una zona de una gran biodiversidad, dotada de importantes recursos naturales, agrícolas y de piscícolas, y sobre todo de hidrocarburos (petróleo y gas) que convierten a Nigeria en el sexto productor mundial de petróleo, que representa 90 por ciento de sus ingresos de exportación. Hasta el descubrimiento del petróleo fue considerado como un territorio económicamente poco rentable con las consiguientes pocas o nulas inversiones en infraestructuras básicas, tanto por el poder colonial como por los gobiernos poscoloniales, en este territorio frágil sometido a los caprichos de la naturaleza (erosiones fluviales y marítimas, inundaciones fluviales y pluviales que dañan el desarrollo de las actividades agrícolas). Los importantes recursos conseguidos por el gobierno federal, procedentes de la extracción de 2.5 millones de barriles diarios, no han servido para las inversiones en las infraestructuras sociales y físicas básicas. Las pocas infraestructuras que existen hoy han sido construidas por las multinacionales para tener acceso a las plataformas de explotación petrolera y no para fomentar la circulación de la población local, tal como queda subrayado.

Las rivalidades políticas y económicas entre los tres grandes grupos étnicos del país, los llamados *Big Three* (yorubas, igbos y haussas-fulanis), para controlar los ingresos petroleros, impidieron la concepción y ejecución de programas de valorización del delta. Sin embargo, el petróleo procedente de esta zona, que abarca unas reservas estimadas en 35 mil millones de barriles de petróleo (exportado principalmente a los mercados de Estados Unidos y la Unión Europea), aporta 80 por ciento de los ingresos fiscales del gobierno federal, representa 98 por ciento de las exportaciones y contribuye en 40 por ciento en el producto nacional bruto (PNB) del país

(Fanchette, 2006:194). A pesar de esas contribuciones, el delta de Níger padece de una carencia cruel de electricidad y de infraestructuras básicas o públicas. Todo se limita a las promesas del gobierno federal (Augé, 2015).

Globalmente, son las multinacionales extranjeras —verdaderos gobiernos en la sombra como es el caso de Elf en los países francófonos de la zona— las que explotan y sacan beneficios del petróleo (Shell, Mobil, Chevron, Agio, Elf, Total, Texaco, State Oil), en muchos casos mediante *joint-ventures* (empresas conjuntas) con la empresa estatal Nigerian National Petroleum Corporation (NNPC) (Corporación Nacional de Petróleo de Nigeria) controlada por el Estado federal. La extensión de infraestructuras petroleras, junto a la polución medioambiental, ha creado un serio problema de escasez de tierras cultivables, y ha afectado negativamente las actividades agrícolas, la pesca y el comercio con el consiguiente aumento de tensiones políticas y sociales (Fanchette, 2006:199).

El problema de Nigeria se plantea en los términos de las relaciones de centro-periferia que el Estado federal, dominado durante mucho tiempo por los militares, instaura con los estados federados, con su política de divide y vencerás,⁶ por una parte y, por la otra, mediante las relaciones de dominación entre las tres grandes etnias y las minorías ubicadas en sus regiones respectivas.⁷ Es el caso del sureste que coincide más o menos con el pueblo igbo. Los igbos tienen relaciones conflictivas históricas, culturales

⁶ Los estados federados pasaron de 4 en 1967 a 36 en la actualidad. Un falso federalismo mediante la proliferación de los estados federados, muchos económicamente inviables y dependientes del gobierno federal.

⁷ Las tres grandes etnias (los yorubas en el suroeste, los hausas-fulanis en el norte y los igbos en el sureste, representan cada una entre 15 y 20 millones de personas o 60 por ciento de la población total de Nigeria). Las regiones en las que se ubican no son homogéneas. Coexisten con importantes minorías étnicas y confesionales (Cfr. Balencie y de La Grange, 2005:147).

y territoriales con las minorías étnicas, minorías sobre las que ejercen una dominación económica, política y social (Cfr. Nicolas, 1987). Los territorios de dichas minorías rebosan de importantes yacimientos de petróleo.

Ante el poder de marginación desarrollado por las élites de las etnias dominantes, estas minorías adoptan actitudes reivindicativas y separatistas. En ese marco, es preciso subrayar la hostilidad de las élites norteafricanas contra cualquier tipo de desarrollo o de mejora de las condiciones de vida de las poblaciones minoritarias sureñas del delta, que pudieran conducir al cuestionamiento de su supremacía. El gobierno federal ha ido reduciendo considerablemente el porcentaje de ingresos dedicados a esas minorías: en 1960, se dedicaba a los estados federados 50 por ciento de los recursos extraídos de su territorio, que se redujo a 3 por ciento en 1976 (incrementó a 13 por ciento en 1999, con la llegada al poder de los gobiernos civiles,⁸ en particular el de Olusegun Obasanjo) (Cfr. Augé, 2015; Perry, Olivera, Ogunkola y Fowowe, 2012). Después de la secesión del Biafra,⁹ el gobierno se desentendió completamente del delta de Níger a favor de otras regiones del país, en especial la construcción de una nueva capital, Abuja, con los fondos procedentes del petróleo (Cfr. Balencie y de La Grange, 1999).

Aquella política de balcanización, para supuestamente conseguir un mejor reparto de recursos petroleros y fiscales, se reveló como inoperante y generó más problemas que los que había resuelto, en específico el reparto

⁸ Tampoco los gobiernos civiles han mejorado considerablemente la situación: el Estado federal o el centro, como en la época de los regímenes militares, sigue concentrando lo esencial del poder político y económico, en tanto que los estados federados del delta consideran que reciben muy pocos fondos del gobierno central que les impiden hacer frente, de una manera eficiente, a los problemas sociales de la población y a la degradación ambiental (Cfr. Perry, Olivera, Ogunkola y Fowowe, 2012).

⁹ Referencia a la guerra civil que opuso entre 1967 y 1970 a las tropas federales con las tropas secesionistas, encabezadas por los igbos, con un balance de más de 1 millón de muertos.

desigual de los ingresos petroleros, de los puestos político-administrativos y de las infraestructuras sociales entre el Estado federal y los estados federados y dentro de los propios grupos étnicos, entre los que están a favor de las empresas petroleras y del Estado federal y los que estaban en contra, o entre «las comunidades petroleras» y «las comunidades no petroleras» (Fanchette, 2006:204-206).

El resultado del reparto desigual de ingresos entre aquellas comunidades ha desembocado en conflictos intercomunitarios entre las milicias armadas de ambos bandos, en torno al poder político y de recursos, con enfrentamientos intermitentes.

Las tensiones entre las comunidades locales, las empresas petroleras y el Estado federal

El Petroleum Decree de 1969 y el Land Use Act de 1978 desposeyeron a las poblaciones locales en favor del Estado federal, que se otorgó la facultad de apropiarse de los derechos minerales y agrarios del país —o del control de todas las tierras, tierras expropiadas y cedidas a las empresas petroleras para la instalación de sus infraestructuras—, sin compensaciones o con indemnizaciones insignificantes en los casos de destrucción de cosechas y de las pérdidas pesqueras o de poluciones acuáticas.

Las multinacionales petroleras controlan la producción y comercialización del petróleo nigeriano al margen de las normas medioambientales de extracción, que no les impone el Estado federal, para reducir los costes de explotación, y en detrimento del medio ambiente y de la salud de la población al apostar por el uso de la fuerza para acallar las protestas.

La situación es catastrófica por la polución de los suelos, del agua y del aire, tanto en *onshore* como en *offshore*; la falta de medios adecuados para la explotación del gas natural del que tiene la novena reserva mundial, toda vez que en Nigeria se quema 75 por ciento del gas procedente de la extracción del petróleo, mientras que 70 millones de metros cúbicos de gas son vertidos en el entorno inmediato, o sea 40 por ciento del consumo africano del gas natural en 2001. Ambas prácticas son responsables de la generación de metano y de dióxido de carbono, gases que contribuyen al calentamiento climático (Cfr. García, 2009; 2019). Concretamente, las consecuencias de estas prácticas de quema de gases son contaminación, aumento de la temperatura, erosión del suelo, lluvias ácidas, enfermedades pulmonares, riesgos de cánceres, etcétera. Las empresas rechazaron las medidas o los programas propuestos por el gobierno federal para erradicar esos problemas por considerarlos muy costosos y del ámbito o de la responsabilidad del Estado (Fanchette, 2006; Perry, Olivera, Ogunkola y Fowowe, 2012).

De una manera general, las condiciones de extracción del petróleo no respetan las normas internacionales de protección medioambiental. Las infraestructuras son vetustas y no han sido renovadas desde hace más de 15 años. Los frecuentes vertidos del crudo tanto en las plataformas *offshore* como en las marjales explican la contaminación tóxica y la esterilización de amplias superficies de tierras. Según denuncia Fanchette:

Entre 1982 y 1992, 40 por ciento de derrames de petróleo perpetrados por la compañía Shell¹⁰ ha sido en Nigeria, mientras que explotaba en este país sólo

¹⁰ El Alto Tribunal de Londres abrió un juicio, en noviembre de 2016, contra el gigante petrolero Shell por las catástrofes ambientales ocasionadas en el delta de Níger por los vertidos de los

14 por ciento de la cantidad total de su explotación petrolera. En 40 años, los ecologistas han denunciado 4 mil derrames o vertidos de petróleo en el delta de Níger.¹¹ El petróleo nigeriano es muy volátil, 50 por ciento se evapora en unas 48 horas (2008:212).

Para hacer frente a esta situación, las comunidades locales se han organizado en grupos de presión con la finalidad de tener acceso al poder político y a los ingresos procedentes del petróleo; el Estado federal ha elaborado estructuras y programas de desarrollo local en el delta para la gestión de tales ingresos; y las multinacionales petroleras, bajo las presiones de los movimientos ecologistas, han decidido involucrarse en el desarrollo socioeconómico de las comunidades afectadas: construcción de carreteras, escuelas, dispensarios y programas de formación, conjuntamente con el financiamiento de proyectos de desarrollo —60 millones de dólares por parte de SPDC y 8.5 millones por parte de Elf, en 2000—, con un balance muy controvertido en los tres niveles.

Ante los incumplimientos de los compromisos por el Estado federal (que ha privilegiado la corrupción y la represión para dividir y acallar a los movimientos populares y reivindicativos) y por las multinacionales (que han gastado más fondos en la corrupción que para la financiación de proyectos sociales), las comunidades locales han optado por la violencia y las sublevaciones o «la autodeterminación de los pueblos del delta para gestionar sus propios recursos», recurriendo a las armas; como en el caso de

oleoductos, que han destruido las tierras y contaminado los estanques. La sentencia final fue el obligar a Shell a indemnizar a las poblaciones afectadas y limpiar las aguas contaminadas.

¹¹ Aproximadamente 2 millones de toneladas de crudo vertidas desde 1956 (Cfr. Santé y Romero, 2017).

los ogoníes (minoría étnica integrada por 500 mil personas y base de la creación del poderoso movimiento del MOSOP,¹² actuaciones de violencia o *manu militari* y de sabotaje contra las compañías petroleras) y los ijaw (comunidad de 6 a 8 millones de personas)¹³ con la Comunidad para la Supervivencia de la Nacionalidad Étnica Ijaw (MOSIEND, por sus siglas en inglés), y que se distingue en particular por acciones de sabotaje en las plataformas petroleras). De igual forma, se puede mencionar en el mismo sentido el Movimiento para la Emancipación del Delta de Níger (MEND por sus siglas en inglés), creado en 2006, y que destaca por la toma de rehenes en las industrias petroleras y la destrucción de las infraestructuras de petróleo y de gas como medios de presión en las negociaciones con el gobierno federal. Su especificidad estriba, al contrario de otros grupos o movimientos medioambientales, en el carácter transétnico de sus reivindicaciones al exigir, según subraya Augé (2015), beneficios para todos los habitantes del delta de Níger, independientemente de su pertenencia étnica.

¹² El Movement for the Survival of the Ogoni People (o el Movimiento para la Supervivencia del Pueblo Ogoni), creado en 1990 por un grupo de intelectuales ogoníes, entre ellos el escritor y activista Ken Saro-Wiwa (ahorcado con ocho activistas ogoníes por la dictadura militar del general Sani Abacha, el 19 de octubre de 1995, tras una parodia o mascarada de juicio), se concibe, inicialmente, como un movimiento político ecológico en contra del uso de la violencia y a favor de la autonomía de los territorios y del desarrollo y promoción de la lengua y de la cultura de los ogoníes (Cfr. Balencie y de La Grange, 1999:344), y que se ha ido radicalizando proporcionalmente a la destrucción de su territorio por las multinacionales petroleras y la represión del Estado federal.

¹³ Se trata de la cuarta mayor etnia de Nigeria después de las *Big Three*, y por lo tanto la primera de las minorías étnicas con una fuerte implantación en los estados federados del sureste o del litoral atlántico de Nigeria (estados de Ondo, Edo River, Delta, Rivers y Akwa Ibom), con claras tendencias secesionistas e independentistas. Éstas abogan cada vez más por la petroguerrilla o el ecoterrorismo contra las instalaciones petroleras *onshore* y *offshore*, y para conseguir el reparto equitativo de los ingresos petroleros, junto a la mejora de las condiciones de vida de las poblaciones locales, que no sacan ningún beneficio de la riqueza petrolera de sus tierras.

Los pueblos o las comunidades locales del delta, convertido en una verdadera «isla de riqueza en un océano de miseria» por el colapso ecológico al que está sometida su tierra (y el ecosistema marino o las especies marítimas y costeras), se rebelan desde 1994 contra el Estado nigeriano y las multinacionales petroleras a través de grupos de presión, pasando por la organización de movimientos para exigir la reparación, la indemnización o la compensación de los daños medioambientales causados por la explotación petrolera, hasta el robo de crudo en los oleoductos o el *bunkering*, junto a la piratería en el alta mar y la exigencia de supresión de las ya mencionadas leyes de 1969 y 1978, que otorgan al Estado federal el monopolio de control sobre los recursos minerales y agrícolas del país. Las milicias armadas, integradas por los jóvenes frustrados y decepcionados por el paro estructural, la pobreza y la corrupción de las élites,¹⁴ han aparecido en la zona junto con el uso generalizado de la violencia armada en ambos lados, del Estado federal y de los movimientos de protesta. Con todas estas actuaciones de sabotaje y del ecoterrorismo de la militancia étnica y ecológica, la producción petrolera ha disminuido en el delta de Níger desde diciembre de 2005, lo que implica la pérdida de 16 mil millones de dólares (Cfr. Perry, Olivera, Ogunkola y Fowowe, 2012).

El delta de Níger representa hoy una catástrofe medioambiental a mano de las multinacionales petroleras con la complicidad del Estado federal nigeriano (durante mucho tiempo bajo control de las élites militares nor-teñas), al destruir la fauna y la flora o los medios de vida de las comunidades

¹⁴ Ilustrada por las denominadas «Kaduna Mafia» o el *godfatherism*, que designan a las mafias o burguesías enriquecidas por los ingresos del petróleo desde la década de los 1970, y que controlan el aparato del Estado, incluso en el actual proceso de democratización (Cfr. Cohen y Lefebvre, 2015).

locales que con la finalidad de dar a conocer su voz han optado por la vía armada, pues tanto el Estado federal como las multinacionales petroleras han adoptado la política de la tierra quemada y de «divide y vencerás», para evitar el resurgimiento político de la zona (Flanchette, 2006:219).

En definitiva, las riquezas de los hidrocarburos del delta de Níger,¹⁵ que abarca 70 por ciento de las reservas petroleras del golfo de Guinea, representan cada vez más una verdadera maldición o un freno al desarrollo para las comunidades locales. No sólo condujeron a la mencionada guerra de Biafra, sino que además han dado lugar a la polución y destrucción de su fauna y flora por los derrames y vertidos accidentales generados por la explotación y el transporte de hidrocarburos, letales para las especies marinas y costeras, y causantes de la destrucción del ecosistema del cual las comunidades locales, integradas por pescadores, ganaderos y agricultores, sacan lo esencial de sus recursos; la disminución progresiva de las regalías pagadas a las poblaciones de los territorios o las regiones productoras de hidrocarburos; la generalización de la violencia con víctimas mortales en ambos bandos.

El delta de Níger es hoy la región más pobre y contaminada del mundo. De ahí las frustraciones y las reacciones violentas de las poblaciones autóctonas contra las autoridades locales, el Estado federal y las multinacionales petroleras, en particular Shell y Exxon, a las cuales aquellas poblaciones responsabilizan de la devastación ecológica o de su ecosistema (Augé, 2015) y del deterioro del nivel de vida de la población, con la consiguiente avalancha de críticas y protestas de grupos étnicos y ecologistas.

¹⁵ Ubicado en el sureste de Nigeria, el llamado delta de Níger está integrado por nueve de los 36 estados de la federación nigeriana. Sólo tres estados del delta (Delta, Rivers, Bayelsa) forman parte de los principales productores de petróleo y gas natural.

En otras palabras, les incriminan por la degradación ambiental y social en la zona. De ahí también el resurgimiento de movimientos étnicos de protesta que reclaman el reparto equitativo de los ingresos petroleros entre el Estado federal y los estados federados y la mayor autonomía de éstos en contra de las actuales relaciones de centro-periferia.

*El saqueo y la amenaza de destrucción
de la milenaria cuenca del río Congo*

La cuenca del río Congo, que es la segunda biodiversidad del mundo después de la Amazonia (6.95 millones de kilómetros cuadrados), abarca lo esencial de la selva ecuatorial africana. Es decir, tiene una superficie de 3.8 millones de kilómetros cuadrados entre Camerún, Centroáfrica, RDC, Congo-Brazzaville, Guinea Ecuatorial y Gabón,¹⁶ a los que se puede añadir la periférica integrada por Ruanda, Burundi y Uganda. Representa la cuarta parte de las selvas tropicales del planeta y la tercera de la vegetación africana (selvas tropicales, acuarios, bosques), junto a importantes ríos (impresionantes recursos hidrológicos) y la diversidad biológica del continente con la presencia de animales y aves (400 especies de mamíferos y de reptiles), grupos humanos como los pigmeos (medio millón) y 50 millones de personas pertenecientes a distintos grupos étnicos, que viven de los recursos que obtienen de ella. Cabe mencionar que 60 por ciento de las selvas de la cuenca del Congo se ubica en la RDC.

Desde hace tres décadas se asiste a la deforestación intensiva de la cuenca por las guerras de depredación en la RDC, Chad, Congo-Brazzaville y

¹⁶ Se le suele extender a los nueve países del África Central: Burundi, Camerún, Centroáfrica, Congo, RDC, Chad, Gabón, Guinea Ecuatorial y Ruanda.

Centroáfrica, y las talas de árboles por las multinacionales madereras, europeas y asiáticas.¹⁷

En la segunda mitad de la década de 1990 se produjo en este país la llamada «guerra mundial africana» o la «primera guerra continental africana» (Cfr. Prunier, 2010a; Pourtier, 2009), con la conversión del territorio de la RDC —como efecto bumerán y consecuencia del genocidio de Ruanda de 1994— en un campo de batalla entre las tropas de los países vecinos o de la zona (Ruanda, Uganda, Burundi, Angola, Zimbabue, Namibia, Sudán, Chad, Centroáfrica, Eritrea y Libia, muchos de esos Estados exportaron sus crisis internas, directamente o por milicias interpuestas al territorio de la RDC) y catorce movimientos de insurrección congoleños y procedentes de aquellos países. Según Pourtier (2004:33), los recursos naturales, en particular los diamantes y el coltán, pasaron de ser combustibles a ser la verdadera causa de los conflictos en el Congo.

La verdadera razón de esta conflagración generalizada fue, y es, el saqueo de los recursos naturales de la RDC¹⁸ por los actores internacionales, regionales y locales: el oro, los diamantes, el café, la madera, el coltán..., tal y como puso de manifiesto el informe de abril de 2001, elaborado por los expertos de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) acerca de la explotación ilegal de los recursos naturales de la RDC que implicaba a 54 personas, a funcionarios de altos cargos políticos y militares de la RDC, Ruanda, Uganda y

¹⁷ En el mismo sentido, Burgos Martínez (2020:9) manifiesta que en los sesenta últimos años, la desertificación en África nace de la tala ilegal de árboles, el uso de la leña y de la madera como combustibles, y la conquista de nuevas tierras para los cultivos extensivos.

¹⁸ Este país fue tachado de *scandale géologique* (prodigio en recursos naturales) por los exploradores europeos de finales del siglo XIX, por sus potencialidades en recursos minerales estratégicos, hidroeléctricos, acuíferos y en biodiversidad que le proporcionan un interés económico y geopolítico excepcional o de primer orden.

Zimbabue, junto con 85 empresas (12 británicas, 8 norteamericanas, 12 sudafricanas, 15 belgas y 3 suizas, y otras procedentes de Kazajistán, China, Malasia, Tailandia, y por otros 9 países). Es decir, por primera vez fueron identificadas personas y empresas implicadas en el saqueo de los recursos de la RDC, junto a la recomendación de sanciones (*Cfr.* Misser 2002; Kabunda, 2009).

Tales conflictos no sólo generaron la mayor tragedia humanitaria después de la Segunda Guerra Mundial (5 a 6 millones de víctimas directas e indirectas por guerras, hambrunas, éxodos y matanzas organizadas),¹⁹ sino también la destrucción de la fauna y flora de los parques naturales²⁰ de este país que abrigan a especies animales en vías de extinción como el okapi o los gorilas de montaña. Las guerras siguen en los Kivu congoleños (Kivu Sur y Kivu Norte), ahora de baja intensidad, pues las estructuras creadas por los beligerantes y los países vecinos para la explotación de los recursos naturales se mantienen vigentes.

Según manifiesta Wangari Maathai (2010:312), Premio Nobel de la Paz en 2004, la deforestación en curso de la cuenca del río Congo generará el

¹⁹ En la opinión de Stearns (2012), este conflicto, a pesar de su alto número de víctimas mortales y de miles de centenares de mujeres violadas, suscitó muy poco interés a escala internacional, donde se dio más relevancia a la lucha contra el terrorismo al presentar el conflicto en el Congo como el resultado del canibalismo entre salvajes, en sus luchas de poder y de secuestro de las mujeres, volviendo a la gente o a la opinión pública internacional a la imagen del Congo como «el corazón de las tinieblas» de Joseph Conrad. La estrategia consiste en distraer a dicha opinión de las causas no declaradas del conflicto: el saqueo organizado, y a gran escala, de los recursos naturales, en el que están implicadas las empresas europeas y norteamericanas, que han convertido las guerras de este país en un negocio, con las complicidades locales. En otros términos, guerras que se explican, según Pourtier (2003:32), por la «economía minera» o la dimensión económica, al ser dictada por la depredación.

²⁰ Ayer las poblaciones locales, los refugiados y las personas desplazadas, y en la actualidad los movimientos de guerrilla producen en estos parques, y en particular en el parque de Virunga, en la ilegalidad total, el carbono vegetal exportado hacia los países vecinos, y que se estima en unos 30 millones de dólares anuales.

cambio climático tanto en los niveles local y continental como en el nivel global o del planeta, e irremediablemente llevará a la desaparición de la biodiversidad local.

Los desplazamientos masivos de poblaciones generados por estos conflictos armados han producido graves consecuencias medioambientales en los países de los Grandes Lagos, y en particular de la RDC que recibió en menos de un mes, en 1994, a 1.6 millones de refugiados ruandeses: el avance de la deforestación nacida de la ocupación y explotación ilícita de los recursos, junto al saqueo de los recursos naturales de los parques nacionales de la Garamba, Virunga, Kahuzi-Biega, Upemba y Kundelungu por los refugiados y los desplazados internos. Es decir, la desaparición de especies animales y vegetales y de especies protegidas, en particular de los elefantes y los gorilas de montaña, como se ha mencionado con anterioridad. Siguiendo el informe de la ONU acerca de la explotación ilegal de los recursos de la RDC, 4 mil de los 12 mil elefantes del Parque Nacional de la Garamba fueron aniquilados, y la población de elefantes del Parque de Kahuzi-Biega casi ha desaparecido.

En la opinión acertada de Ndikumagenge (2009), los países compradores de estos recursos esquilados o saqueados tienen parte de responsabilidad en la destrucción de los ecosistemas o de la biodiversidad en los países de los Grandes Lagos, precisamente por comprarlos. Peor, la comunidad internacional prefiere ayudar puntualmente a los refugiados (urgencia humanitaria) y se desentiende por completo, en el periodo postbélico, de la rehabilitación del medio ambiente y de la biodiversidad destruidos.

Es verdad que la población de la cuenca, para su supervivencia e ingresos, desde tiempos remotos, se dedica a la caza furtiva de los animales salvajes, a la recogida de leña y de madera con el propósito de producir el

carbón vegetal, productos en su mayoría vendidos a los habitantes de las ciudades más cercanas. De acuerdo con Wangari Maathai, la caza se ha intensificado a consecuencia de los caminos o pistas y espacios abiertos en las selvas por la maquinaria o los camiones de las empresas silvícolas, lo cual permite a los cazadores tener fácilmente acceso a los animales, en particular a los primates, con la consiguiente propagación o contagio de epidemias como el ébola.

La guerra en la RDC se había convertido en un negocio del que todos los actores sacaban importantes beneficios. Se había instaurado una verdadera economía/ecología política de la guerra, que explica su perduración. Se trata, pues, de una guerra, como ya se había subrayado en otro análisis (*Cfr.* Kabunda, 2009), deseada, mantenida o perpetuada, es decir, de depredación.

Es preciso resaltar la voluntad de preservación de la cuenca del río Congo que dio lugar a la Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de la zona con la voluntad de preservar los ecosistemas forestales y la biodiversidad del África Central, el 5 de febrero de 2005 en Brazzaville. El objetivo era crear un marco jurídico, financiero y técnico para la preservación de las selvas de la cuenca. La cumbre estaba precedida por la Declaración de Yaundé donde los jefes de Estado de los seis principales países que conforman dicha cuenca expresaron su determinación a preservarla con nuevas iniciativas. De igual modo, se fundó en Johannesburgo, al margen de la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible de la ONU, en septiembre de 2002, el Partenariado para las Selvas de la Cuenca del Congo (PFBC), instituido ese mismo año con el objetivo de participar en la preservación de dicha cuenca, mediante la financiación del desarrollo económico, la lucha contra la pobreza y el buen gobierno, junto a la creación de zonas

protegidas y la adopción de un código de buena conducta o buenas prácticas medioambientales por los actores privados en sus actividades de explotación de recursos forestales (consulta y participación de las poblaciones locales y la protección de 15 por ciento de sus concesiones). Se trata de la durabilidad social en la gestión de las concesiones forestales en la cuenca del Congo (*Cfr.* Nasi, Nguinguiri y Ezzine de Blas, 2006; Méral, Castellanet y Lapeyre, 2008).

Según reconocen Billand y Nasi (2009), existen varias iniciativas para la preservación de las selvas de la cuenca del río Congo, en lo esencial, basadas en la conservación y la promoción de la participación de las comunidades locales en la gestión, la coordinación de acciones y actuaciones de policía forestal y de caza, junto a la promoción de actividades de ecoturismo, con la financiación de la comunidad internacional o de la ayuda de los países desarrollados del Norte,²¹ en particular de Noruega, el Fondo Mundial para la Naturaleza (WWF), Conservation International (CI), Wildlife Conservation Society (WCS), la Asociación Bloom, el Banco Mundial²² y

²¹ Es preciso subrayar, en este contexto, el proyecto de la Unión Europea de construir un muro o dique de árboles de 7 mil 100 kilómetros de longitud y de 15 de anchura a orillas del desierto del Sáhara, entre Senegal y Yibuti, para luchar contra la desertificación, pues en el Sahel Occidental el desierto avanza a un ritmo de 5 kilómetros al año, lo que podría conducir a 50 millones de personas a emigrar hacia el África del Norte y Europa (*Cfr.* Burgos, 2020).

²² En la década de 1980, según puntualizan Rich (1994) y Harrison (1995), muchos países africanos y del Sur (Nigeria, Costa de Marfil, Egipto, Indonesia, Brasil), en el marco de programas de ajuste estructural neoliberales, pagaron en concepto de principal e intereses de sus deudas al Banco Mundial —que ha cambiado varias veces de doctrinas— y al FMI de lo que recibieron de esas instituciones, a menudo en detrimento de la preservación y protección de su medio ambiente (o de la lucha contra el deterioro medioambiental), hipotecado y explotado para el pago de la deuda externa. Ahora, en la opinión de Buttoud (1995), para hacer frente al deterioro medioambiental o a la repoblación forestal o la reforestación, se necesita no menos Estado, según el credo neoliberal, sino otro tipo o modelo de Estado que además de recuperar sus funciones económicas y sociales tradicionales ha de dotarse con

de las ONG. Se ha de reconocer que dichas iniciativas son frágiles²³ y queda mucho camino por recorrer para conseguir la gestión duradera a favor de los ecosistemas forestales del África Central, gestión debilitada por el reparto desigual del petróleo entre los Estados de la zona y los conflictos interestatales e intraestatales de las dos o tres últimas décadas, junto a la fuerte demanda de las tierras para la producción de biocarburantes (etanol, petróleo verde o de origen vegetal) y el fenómeno del acaparamiento de las tierras.²⁴ Los Estados que tienen el monopolio de las concesiones

unas nuevas: la gestión, rehabilitación y preservación de la biodiversidad y de los recursos naturales o el velar por la sustentabilidad y el respeto del medio ambiente en los contratos de explotación firmados con las multinacionales, con el apoyo de la ayuda internacional. Ello ha de acompañarse de otro modelo de desarrollo, mediante el cuestionamiento de la viabilidad del modelo de desarrollo del Norte y su generalización a escala planetaria. Sencillamente, se trata de volver al modelo o concepto del «ecodesarrollo» (Cfr. Sachs, 1993) y de «desarrollo sostenible» mediante la incorporación de las preocupaciones medioambientales en los procesos de desarrollo económico: el fin de la destrucción de los recursos naturales, de la contaminación y de las catástrofes ecológicas. Esto es fundamental para un continente como África, que sin ser responsable del cambio climático, pues contamina muy poco, sufre de sus consecuencias por depender fundamentalmente de los recursos de la naturaleza o «directamente del medio ambiente natural para asegurar la subsistencia de base» (Burgos, 2020:9). El cambio climático, de acuerdo con Burgos, afectará negativamente entre 70 y 250 millones de personas con la reducción en 50 por ciento de la producción agrícola en algunos países, con el consiguiente aumento de las hambrunas, entre otros inconvenientes.

²³ En la región de los Grandes Lagos se puede mencionar, entre otras: el Proyecto Parques para la Paz en los Países de los Grandes Lagos, el Programa Internacional para la Conservación de los Gorilas, y el Programa de Rehabilitación de Urgencia de los Bosques Destruídos.

²⁴ La producción del etanol ha suscitado virulentas críticas, no sólo por sus consecuencias medioambientales con el cultivo de la caña de azúcar y del maíz con su posterior cosecha y tratamiento, sino además por la amenaza que constituye para las selvas primarias africanas, latinoamericanas y del sureste asiático, al ofrecer incluso a los gobiernos del Sur una estrategia para conseguir por la vía fácil y rápida los agrodólares, en detrimento de la autosuficiencia alimentaria de sus pueblos. Es decir, se dedican las mejores tierras a la producción de alimentos para las máquinas y no para las personas (Cfr. Parizel, 2008) mediante la expropiación de los campesinos y de las tierras étnicas, bajo la excusa del «desarrollo» o de la «modernización». En lo que se refiere a la venta o arrendamiento de las tierras, este fenómeno es muy extendido

siguen privilegiando sus intereses nacionales en detrimento de las consideraciones medioambientales, tal como queda patente en el caso de la construcción del oleoducto de mil 50 kilómetros entre los yacimientos de petróleo de Doha (sur del Chad) y el puerto atlántico de Kribi (Camerún).

El coltán (columbo-tantalita) es un mineral estratégico altamente cotizado en los mercados internacionales para los móviles y los procesadores de ordenadores por su fuerte capacidad de resistencia al extremo calor y al extremo frío —cuyo 80 por ciento de la producción mundial está ubicado en la RDC, el resto en Australia y Rusia.²⁵ Este mineral, junto a los diamantes, se ha tornado en el principal combustible de la guerra. Las minas clandestinas y artesanales de las provincias del Kivu, donde se trabaja en condiciones inhumanas,²⁶ son controladas por los países vecinos; los

y violento en África, donde las multinacionales y los países emergentes se adueñan de enormes superficies de tierras agrícolas con la complicidad de los gobiernos locales (que las utilizan como una fuente de entrada de divisas y capitales) y la colaboración del Banco Mundial (Cfr. Prunier, 2010b; Lallau, 2015) para producir los biocarburantes y alimentos destinados a los mercados internacionales y a los países con importantes penurias de tierras cultivables, como los del Oriente Medio y Europa, además de China e India.

²⁵ Se ha encontrado últimamente algo de este metal en Colombia y en Galicia, en un pueblo de Orense.

²⁶ Estas minas artesanales informales proliferan en los Kivus congoleños, en particular en la provincia del Katanga en la ciudad minera de Kolwezi, donde abundan minas personales informales en casi cada parcela y en las que se trabaja en condiciones muy peligrosas y contaminantes por el uso de productos químicos que se vierten en las vías públicas, con la consiguiente polución del suelo y del aire, por no mencionar que a raíz de esto se generaliza la prostitución y la desescolarización de los niños. Es decir, lo mismo que denuncia Courade (2014:265) en las minas artesanales de oro en Tanzania, Ghana y Etiopía. Esta situación se explica fundamentalmente por la desaparición de hecho del Estado congoleño y la crisis o la canibalización de la principal empresa nacional de explotación de cobre y cobalto: la Gécamines (antes UMHK); la gallina de los huevos de oro o la vaca lechera, saqueada por el régimen de Mobutu Sese Seko tras su nacionalización, de manera que el mandatario congoleño —quien convirtió la cleptocracia y la megalomanía en modos de gobierno (Cfr. Willame, 1992:28-29; Dungia, 1992)—, según denuncia acertadamente Samir Amin (2008:174), consiguió

movimientos de guerrilla en esa zona siguen actuando y consagran la balcanización del país, a fin de que el gobierno central congoleño controle este territorio y su población.

El reciente testimonio del cardenal Fridolin Ambongo, arzobispo de Kinshasa, tras una breve estancia en el Kivu Norte, del 27 al 31 de diciembre de 2019, donde siguen las matanzas y asesinatos, las violaciones y el desplazamiento forzado de poblaciones,²⁷ es al respecto ilustrativo: «La tesis de la balcanización se confirma por el hecho de que las poblaciones desplazadas son sistemáticamente reemplazadas por grupos ruandeses y ugandeses» (citado por Calvera, 2020:14).

Se han cometido en esta zona, tornada en la tierra de nadie, crímenes de guerra, de lesa humanidad y de agresión mediante ejecuciones extrajudiciales, reclutamiento de niños soldados, uso masivo de la violación sexual como arma de guerra o conversión del cuerpo de las mujeres en campo de batalla. Incluso la Corte Penal Internacional tuvo que actuar con la detención de algunos señores congoleños de la guerra, cuyas tropas cometieron aquellos crímenes, tales como Thomas Lubanga, Germain Katanga, Jean-Bosco Ntaganda, etcétera,²⁸ y otros bajo mandato internacional de

una fortuna personal equivalente a la deuda externa del país. Asistimos al abandono de la población a su propio destino, la cual tiene que buscarse la vida ante un Estado ausente en lo social y omnipresente en la represión (Cfr. NIZA, 2006). En el Katanga se estima que hay entre 40 mil y 50 mil «mineros artesanos».

²⁷ Es el país con más desplazados internos, junto a Colombia, con 1.7 millones de personas.

²⁸ Ruanda ha preferido guardar en su territorio y no entregar a la Corte Penal Internacional (CPI) al general tutsi disidente, Laurent Nkundabaware, en un intento por detener información importante y secretos acerca de sus intervenciones y saqueos en la RDC, o sobre el trabajo sucio de Ruanda en ese país; todo ello bajo la excusa de defender a la comunidad tutsi, los banyamulenges (tutsis congoleños de origen ruandés), de un eventual genocidio en el territorio congoleño a mano de los rebeldes hutus ruandeses y congoleños, y de luchar contra la presencia de las Fuerzas Democráticas para la Liberación de Ruanda (FDLR), creadas en 1999

búsqueda y captura. La inestabilidad y la inseguridad en la parte oriental de la RDC permite a los países vecinos seguir con el saqueo de los recursos naturales del Congo, y ello a pesar de la presencia de las tropas de la Misión de las Naciones Unidas en el Congo (MONUC) y ahora de la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilización del Congo (MONUSCO), desde 1999, o la mayor operación armada de la ONU en el mundo.

En síntesis, la RDC ha sido sucesivamente víctima de los saqueos coloniales, de la megalomanía y cleptocracia de sus propios gobernantes y de la codicia de los países vecinos, es decir, ha sido constantemente saqueada. La abundancia de sus riquezas y la inmensidad de su territorio, en relación con la debilidad de sus instituciones, la fragilizan aún más. Ha sido hasta hace poco el país con más fuerzas armadas del mundo (600 mil combatientes), congoleñas y extranjeras. Es un Estado fallido e indigente que no controla ni su territorio ni su población.

De acuerdo con el profesor Nzongola-Ntalaja (2002), como en la época de Leopoldo II, los recursos de la RDC siempre han sido monopolizados por las clases gobernantes y sus socios comerciales externos en detrimento del pueblo congoleño, que vive hoy en las peores condiciones de pobreza en el mundo. «Esto es el verdadero escándalo o anomalía del Congo», un país riquísimo que, sin embargo, forma parte de los países más pobres del mundo.

por las ex Fuerzas Armadas Ruandesas para la reconquista del poder en Kigali a partir de su retaguardia congoleña, quienes son responsables del genocidio de Ruanda de 1994, con un balance de 1 millón de muertos en 100 días.

*Inga: depredación, estafa y destrucción
medioambiental de un «safari tecnológico»*

La cuenca del río Congo dispone también de un enorme potencial hidroeléctrico con las cataratas de la desembocadura del mismo,²⁹ lo que dio lugar a la construcción, en las décadas de 1970 y 1980, del mayor complejo de presas hidroeléctricas del mundo (Inga I, 1972; e Inga II, 1982), las cuales llevan corriente eléctrica alterna desde dicha desembocadura hasta las minas de cobre, cobalto, zinc, manganeso y uranio de la rica provincia minera del Shaba/Katanga, a 2 mil kilómetros, a través de la selva ecuatorial congoleña.

El proyecto de Inga suscitó inicialmente un enorme entusiasmo por suponer que iba a producir a comienzos de los 1980 90 mil millones de kilowatts al año, es decir, más que cualquier otra presa en el continente. Lo que iba a permitir, supuestamente, la transformación en la RDC de los minerales producidos en los países del entorno e incluso la exportación de la energía eléctrica hacia otras regiones del continente (Faire, 1980). Con sus potencialidades minerales, agrícolas (cuatro climas) e hidroeléctricas excepcionales, la RDC, que abarca 70 por ciento de la superficie total de

²⁹ Sobre el proyecto del Estado Federal del África Negra y su apuesta por la construcción de la presa de Inga, el profesor Cheikh Anta Diop (1974:73-80) subrayó la importancia de la cuenca del río Congo por su potencial hidroeléctrico y el papel fundamental que podría asumir en la industrialización del continente, mediante el tratamiento y la transformación de las materias primas que rebosan en la zona: carbono, hierro, cobalto, cromo, manganeso, tántalo, cromo, vanadio, zinc, plomo, diamantes industriales, oro, uranio, junto a la ganadería y a la transformación de los productos agrícolas (algodón, hevea, café, té, caña de azúcar, cacao, aceite de palma), el dominio de la energía nuclear y la transferencia del excedente de electricidad a otras regiones del continente. Se trata de la zona africana menos poblada y que, paradójicamente, reúne o posee todas las riquezas del continente.

la cuenca del río Congo, en la opinión de varios autores (Cfr. Harrison, 1991), racionalmente explotada puede alimentar a 2 mil millones de personas o el equivalente, más o menos, del doble de la población actual del continente.

Contra tales previsiones, Inga reveló ser «un elefante blanco» más, pues estas infraestructuras de la modernidad creadas para la imagen internacional están totalmente desvinculadas de las realidades locales. Contrariamente a los verdaderos elefantes en vías de extinción, estas infraestructuras proliferaron en África en aquellas décadas y hoy se han tornado en cadáveres industriales en las selvas y sabanas tropicales (Cfr. Kabunda, 1997), por las cuales los pueblos siguen pagando factura a instituciones y agencias del Norte que les financiaron en el marco de la modernización.

Inga fue una estafa y un proyecto del siglo XXI, un «safari tecnológico», para parafrasear al profesor Jean-Claude Willame (1986), que hundió al país en una enorme deuda externa y en el que las consideraciones geopolíticas prevalecieron sobre los criterios de carácter económico³⁰ y de racionalidad (Cros y Misser, 2006); es decir, un fracaso económico en el que se importó todo, desde el material hasta la mano de obra (Kabunda, 1997).

Inga supuso no sólo a las multinacionales estadounidenses e italianas encontrar mercados para su mano de obra y bienes de equipo, sino que además permitió a los miembros del gobierno de Mobutu cobrar comisiones leoninas. Atravesó la selva ecuatorial, destruida con las columnas, sin dejar la electricidad en las entidades y comunidades atravesadas, para

³⁰ La principal razón de la construcción de Inga era hacer dependiente la provincia del Katanga de la electricidad de Bajo Congo, y de este modo disuadir cualquier intento secesionista o separatista de esta región, tal y como sucedió en 1961 con la proclamación de la secesión de esta provincia del Katanga, apoyada por Bélgica y Francia, con el consiguiente asesinato del primer ministro, Patrice Lumumba, por su defensa a ultranza de la unidad nacional.

llevar la corriente a la provincia minera del Shaba/Katanga donde existían cuatro centrales hidroeléctricas que incluso exportaban la energía hacia los países vecinos (Nzilo, Mwandigusha, Mukaka y Koni). Inga costó el doble o triple del capital inicial previsto para su construcción; además de funcionar sólo entre 20 y 30 por ciento de su capacidad inicial, se ha deteriorado en la actualidad por tener un material obsoleto, por la falta de mantenimiento y sobre todo por su «canibalización».

Se prevé ahora su rehabilitación con las inversiones externas y la construcción del «Gran Inga» (fases III a VIII), que llevará la corriente eléctrica a Egipto (norte) pasando por Nigeria (oeste), y a Sudáfrica (sur) a través del sureste (Zambia, Zimbabue y Botsuana) y el suroeste (Angola, Namibia) (mapa 1).

Según pone de manifiesto Ramón Arozarena (2015), este proyecto de «Gran Inga», que debería iniciarse en 2017, será devastador o tendrá un impacto negativo desde el punto de vista ambiental, humano y social: la modificación del curso de los ríos, el desplazamiento de cerca de 10 mil familias (que será preciso indemnizar), la flora y la fauna o la biodiversidad de las zonas atravesadas serán irreversiblemente destruidas, las localidades cruzadas por las líneas de alta tensión que transportarán la electricidad a su destino final no se beneficiarán de esta energía, por ser de corriente alterna. Sin embargo, tanto el Banco Mundial como el gobierno congoleño consideran que «el impacto medioambiental y social es mínimo frente a los beneficios generados». En definitiva, de acuerdo con muchos observadores y estudiosos de la zona, estamos ante un proyecto pensado más para la exportación de la electricidad que para la mejora interna de las condiciones de vida de la población («menos rentable»), máxime cuando sólo 9 por ciento de la población congoleña tiene acceso a la electricidad, que se prefiere exportar o vender, en detrimento de la satisfacción de las necesidades locales.

Mapa 1

Proyecto de red eléctrica en todo el continente



Fuente: SNEL.

La solución estructural: la apuesta por otro modelo de desarrollo

Es notorio que la explotación de recursos naturales minerales, agrícolas y energéticos en África no ha conducido al desarrollo. Al contrario, globalmente ha traído sufrimientos humanos, mal gobierno, corrupción,

golpes de Estado, guerras y deterioro medioambiental. Las guerras en las que ha sido el escenario la RDC (*Cfr.* Kabunda, 2009), por ejemplo, desde su acceso a la independencia en 1960 hasta la actualidad, en particular los conflictos armados de las tres últimas décadas (1996-1997; 1998-2003; 2004-2014), han tenido una importante dimensión étnico-económica.

Las economías rentistas africanas no han permitido erradicar la pobreza y el hambre en este continente, pero sí han enriquecido a los actores externos, en particular a las multinacionales mineras y energéticas,³¹ pues «el hambre está aumentando en casi todas las regiones africanas, lo que hace de África la región donde la subalimentación es más elevada desde el punto de vista proporcional, en torno casi de 20 por ciento» (Yeves, 2019:15). Ello explica que la meta del Objetivo de Desarrollo Sostenible 2 o de la Agenda post 2015, de la erradicación del hambre («hambre cero»), no se alcanzará para 2030 en África.

Labrousse y Verschave (2002) denuncian acertadamente que las selvas africanas y, por extrapolación, los recursos naturales del continente son objeto de depredación y destrucción, con el consiguiente deterioro irreversible del ecosistema y del capital verde insustituible. Por suerte, existe una conciencia ecologista o una crítica ecologista más fuerte de una sociedad civil que exige cada vez más transparencia a las multinacionales mineras y petroleras³² y a los gobiernos locales, a menudo cómplices y entregados al

³¹ Muchas de ellas eluden el pago de impuestos con sus ingenierías fiscales sofisticadas, de manera que África pierde al año alrededor de 30 mil a 60 mil millones de dólares en impuestos, o el equivalente o más de la ayuda pública al desarrollo (*Cfr.* Burgos, 2020). Además, suelen armar a las tropas gubernamentales y a sus contrincantes, o a los movimientos de guerrilla, tal y como sucedió en el Congo-Brazzaville o en Angola con el *angolagate*, en la década de 1990.

³² Estas empresas multinacionales, en opinión de Pierre Jalée (1976:56-57), se dirigen desde el exterior y en función de los intereses externos o ajenos, y se encargan de mantener las estructuras de dominación y de explotación neocolonialista. Tienen tanta necesidad de materias primas de

neoliberalismo, destructor de los ecosistemas; así como reembolsar la deuda externa. Kempf (2007) afirma que se trata de un modelo, además de ecocida, generador de las desigualdades entre los países y dentro de los países.

En África se deben combinar la industria extractiva con la industria de transformación de recursos minerales y energéticos, junto a las industrias de valorización de las materias primas agrícolas y las industrias ligeras de exportación. El desarrollo basado en la inversión interna de los recursos externos de la valorización y la exportación de recursos naturales (modelo agroexportador o agropastoril) (Faire, 1980), experimentado inicialmente por el capitalismo de Estado, no supo reducir las desigualdades que le suelen acompañar, tal y como lo han experimentado Kenia, Ghana y Costa de Marfil.³³ En otras palabras, la financiación del desarrollo agrícola e industrial (industrialización básica exitosa) debe sustentarse en una política social de redistribución interna de ingresos y de acceso de la mayoría a la acumulación del capital.

los países africanos o del Sur, que buscan adueñarse de las fuentes de materias primas e incluso asociarse para el reparto de la explotación de los yacimientos o de los productos. Lo anterior pudo comprobarse en la visita que hicimos a las minas de cobre de Río Tinto en Huelva (España), en el verano de 2019, que presentan una extraña y sorprendente similitud con las de cobre-cobalto de cielo abierto de Kolwezi (Kamoto, Musonoi, Kapata, Luilu) en la provincia minera del Katanga natal o del congoleño-zambiano, se trata de estructuras, logísticas, modos de explotación y de gestión/organización social de la mano de obra local, confinada en los *compounds* o barrios obreros indígenas (diseminados en toda el África meridional minera) de la poderosa UMHK/Gécamines, con sus escuelas, dispensarios y hospitales, tiendas de suministro de víveres o *cantines*, residencias de lujo y clubes de ocio para los expatriados y la élite local, y sus propias guardias de seguridad. Era en esencia «un Estado dentro del Estado», y un instrumento del neocolonialismo belgo-francés, con prácticas paternalistas. Sin tener la responsabilidad histórica directa en el subdesarrollo del Sur, las multinacionales han sido y siguen siendo los instrumentados de la explotación capitalista de la periferia.

³³ Para ampliar detalles sobre el balance de las estrategias de desarrollo basadas en la conciliación de la industrialización con la agricultura, véase Amara y Founou-Tchuigoua, 1990.

Así, se imponen actuaciones específicas en los aspectos de desarrollo humano (educación, salud y vivienda): prioridad a la educación básica (primaria y secundaria) en detrimento de las universidades elitistas; promoción y difusión de la medicina preventiva ligera o de dispensarios en favor de grandes hospitales modernos y lujosos, y la promoción de viviendas urbanas asequibles a los sectores más desfavorecidos mediante la transformación y rehabilitación de suburbios y tugurios. En resumen, la protección medioambiental a escala local y global supone «el cambio radical de modelos de desarrollo» (Godard y Hommel, 2005/2006:106). Apostamos por el desarrollo del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Esto es la adopción de un modelo basado en el homocentrismo y el sociocentrismo, respetuoso de los equilibrios ecológicos, pasando de la producción para la exportación, a la producción para el autoconsumo o los mercados internos. Sencillamente, la opción por el «Buen vivir» (Cfr. Acosta, 2016) y el «Vivir bien»; un modelo económico y social en el que el ser humano se encuentra en el centro (las personas primero) y no los bienes materiales de consumo, o bien la mencionada humanización de la economía.

Los países africanos deben intentar conciliar el desarrollo con la explotación moderada de los recursos naturales, preservar dichos recursos y controlar su explotación, o la autolimitación del consumo de bienes materiales. Elegir, según el planteamiento del Banco Africano de Desarrollo (BAD), entre el modelo de desarrollo chino —con graves consecuencias medioambientales y sanitarias después de 30 años de crecimiento impresionante—, y el modelo respetuoso del ecosistema y de los productos naturales, en la línea del entonces presidente de esta institución, el ruandés Donald Kaberuka, que apostaba por el «crecimiento verde» (Cfr. Caramel, 2012), o el crecimiento conciliado con el ecosistema.

Ante este dilema, Carlos Lopes (2019) sugiere una solución a medio camino: las economías africanas ganarían mucho invirtiendo en sus enormes recursos ubicados en los océanos y costas, y en el cambio climático (economía azul), más todavía cuando los países del Norte, que más contaminan o dañan el clima mundial, se resisten a honrar su deuda ecológica, junto a la «industrialización verde» (o revolución verde) para conseguir la soberanía y la autosuficiencia alimentarias. En ese sentido, es necesario desarrollar la agricultura para su propio beneficio o para el consumo interno.

Se trata, primordialmente, de conciliar el desarrollo económico con el desarrollo social y el respeto medioambiental, de compaginar el desarrollo económico y social con el respeto del medio ambiente, la «economía azul» (uso de los recursos marinos) con la industrialización o la «economía verde», para luchar contra el cambio climático. Es la única manera de convertir los recursos naturales en bendición y no en maldición.³⁴

Está naciendo dicha conciencia ecológica de lucha e implicación de la población y de los activistas en la defensa de los recursos naturales y de las selvas africanas, como en el caso de la ONG ecologista Brainforest («Selva

³⁴ La teoría sobre la bendición o maldición a la que puede conducir los recursos naturales considera, por una parte, que los países con abundantes recursos naturales crecen menos que los que están desprovistos de ellos y, por otra parte, el disponer de recursos naturales debiera ser una bendición para conseguir el crecimiento económico. La verdad todo esto es en función del uso que se hace de los ingresos conseguidos de la venta de los recursos naturales o de los minerales e hidrocarburos. Si se crea una sociedad de consumo basada en la predatocracia y en la escasa o nula diversificación de las exportaciones, exponiéndose a la volatilidad de los precios en los mercados internacionales, se termina cayendo en la maldición. Al contrario, el desarrollo de una sociedad de producción debe proceder de las rentas de tales recursos a fin de fomentar el ahorro y las inversiones internas, además de dotarse con buenas instituciones y políticas (junto a la diversificación de las exportaciones), ello propicia las condiciones favorables a la bendición o a un cierto crecimiento económico (Cfr. Perry y Bustos, 2012:84). En definitiva, todo depende de las instituciones y de la organización.

pensante»), creada en 1999 en Gabón, donde la selva ocupa 80 por ciento del territorio, y es financiada por las ONG extranjeras. De modo complementario, se ha aliado con otras asociaciones ecologistas del país para crear una plataforma «Environnement Gabon», con el objetivo de defender la selva ecuatorial de la explotación abusiva por las multinacionales asiáticas y europeas, exigiéndoles la adopción de planes de rehabilitación y explotación sostenible o la limitación del impacto medioambiental de las obras que realizan o financian, junto a la preservación de los 13 parques nacionales. En concreto, esta asociación exige el respeto del medio ambiente en cuanto a explotación de los recursos del suelo y subsuelo gabonés (oro, manganeso, petróleo, madera). La plataforma consiguió la suspensión de la construcción de una gran presa hidroeléctrica en el parque nacional de Ivindo para la explotación de la mina de hierro de Belinga (*Cfr.* Simonet, 2008).

La mala gestión, la corrupción generalizada y las comisiones pagadas por las multinacionales en la construcción de los «elefantes blancos»,³⁵ aunado al sistema de saqueo mantenido por los países vecinos y los sucesivos gobiernos que han presidido el destino de este país en las dos o tres últimas décadas, han tornado a la RDC en un Estado fallido, caracterizado por el siniestro social y una crisis humanitaria sin precedentes, pues 80 por ciento de la población vive con menos de dos dólares al día, y 90 por ciento de la economía lo domina el sector informal (economía popular). Los inversores extranjeros dudan en invertir en este país por la inseguridad imperante en el Congo.

³⁵ Se trata, en particular, de las centrales hidroeléctricas de Inga y de Mobaye, la siderurgia de Maluku, el edificio de la Radio-Televisión de Kinshasa (*Voix du Zaïre*), el aeropuerto internacional de Kisangani y el complejo agroindustrial de la Nsele (*Cfr.* Willame, 1992).

Consideraciones finales

El crecimiento africano del que tanto se habla en los últimos años se debe fundamentalmente al auge del precio de las materias primas y al fin de los conflictos armados en varias regiones del continente, resultado de la diplomacia militar africana. Se trata de un «crecimiento sin desarrollo», nacido de factores coyunturales. Así lo atestigua la crisis económica y financiera actual, iniciada en 2007-2008 en la que África ha salido mal parada a causa de su excesiva extroversión y dependencia de economías rentistas, heredadas de la colonización. El aumento de la tasa de crecimiento no se acompaña del desarrollo social y humano o de la mejora en la justicia social. Sorprende que los países ricos en recursos naturales son los que ocupan los últimos lugares en el *ranking* de IDH y son incapaces de asegurar su autosuficiencia alimentaria (Nigeria, RDC, Angola, Guinea Ecuatorial). El marasmo económico de estos países contrasta con sus excepcionales potencialidades en recursos naturales, minerales, agrícolas y energéticos.

En Nigeria, el país más poblado del continente, primer productor africano de petróleo y sexto a escala mundial, se asiste a una importante destrucción medioambiental en el delta de Níger. En la RDC, primer país del África subsahariana desde el punto de vista de la superficie y tercero desde el punto de vista demográfico, un subcontinente dotado con enormes recursos naturales y excolonia privada del rey Leopoldo II, atraviesa por lo mismo a consecuencia de la degradación de la cuenca del río Congo por las guerras depredadoras y las actividades de las multinacionales madereras. El Congo es un Estado fallido, destruido durante varias décadas de guerras y mala gestión. Ambos países, además de la destrucción

medioambiental, se enfrentan al déficit de alimentos con condiciones de vida paupérrimas de la mayoría de la población. En lugar de bendición, lo que sí llegó es la maldición de los recursos naturales.

Del análisis que antecede, considero que es momento, en la línea de Samir Amin (1995), de que los ecologistas tomen consciencia de la irracionalidad del mercado por el que apuestan los dueños del orden dominante o de la economía mundial, basada en la contrarrevolución neoliberal, debido a los desastres ecológicos del modelo que defienden.

Por ende, y conforme con la Declaración de Isiolo,³⁶ es necesaria la definición de una nueva teoría del desarrollo,³⁷ basada en la equidad, el control de la explotación de recursos naturales y el poscrecimiento. Esto es, un modelo que permita a los pueblos el poder de control y de participación ciudadana en la gestión de sus recursos naturales, así como la creación de un fondo global de reparación (FGR) para sufragar los daños ocasionados por las naciones que, en uno u otro momento de su historia, esclavizaron y colonizaron a África, aparte de que se dedicaron a la explotación de sus recursos naturales y al saqueo de su patrimonio cultural, junto a las prácticas de expolio de siglos de explotación imperialista que, en su forma actual, sigue teniendo el monopolio de las inversiones y de los mercados, condenando a

³⁶ En noviembre de 1991, en Isiolo, en el país samburu afectado por la sequía (norte de Kenia), un grupo de especialistas procedentes de siete países africanos se reunieron a fin de tratar el tema de «Medio ambiente y desarrollo» y adoptaron la denominada «Declaración de Isiolo», que puede consultarse en «Quel développement durable pour le Sud?» (1995:223-226).

³⁷ Es preciso recordar que los países que se han desarrollado económicamente a lo largo de la historia (Francia, Alemania, Estados Unidos o los dragones del sureste asiático) lo consiguieron no a partir de la liberalización o las privatizaciones, sino mediante el proteccionismo interno que precedió la apertura externa. Lo mismo puede decirse de China e India, que lograron su despliegue mediante la conciliación entre la apertura externa y el proteccionismo interno.

los países del Sur, en opinión de Smith (1994), a causa del subdesarrollo mediante el intercambio desigual, ello a pesar de disponer de importantes recursos naturales. En concreto, según se clarifica en la Declaración expresa,

la amenaza más importante hacia la tierra y los recursos biológicos de África han sido en el pasado, y siguen siendo en la actualidad, las fuerzas del mercado y del comercio impuestas por el Norte, y que constantemente han infravalorado el precio de los productos agrícolas del continente. En el Norte, los modos de consumo ajenos o insensibles a estos problemas han contribuido de modo directo al exterminio de especies raras de la naturaleza. El agotamiento de los recursos naturales, con el fin de satisfacer la demanda exótica del exterior del continente y la creación de grandes plantaciones para los cultivos industriales, a precio de saldo destinados a los mercados del Norte, han privado a África de tierras muy fértiles, al vaciar los ríos y destruir especies animales y vegetales inestimables con el objetivo de explotar más tierras para los cultivos extensivos (traducción propia).

En el delta de Níger se impuso un código de comportamiento para las multinacionales petroleras por el cual deben compensar la destrucción del ecosistema con la introducción de la dimensión medioambiental en sus perforaciones *onshore* y *offshore* y la inversión en los aspectos sociales de las comunidades locales, y que el gobierno federal nigeriano pueda proceder a un reparto equitativo de los ingresos a dichas comunidades.

En la cuenca del río Congo, en la región de los Grandes Lagos,³⁸ donde se han producido crímenes de genocidio, agresión y de lesa humanidad,

³⁸ Situada en la periferia de la cuenca del río Congo, la región de los Grandes Lagos, junto a las provincias del Katanga y del Kasai representan el «Congo útil», por el oro, los diamantes

es indispensable pensar en la creación de un Estado de derecho en la RDC,³⁹ mediante la rehabilitación de las instituciones de este país, para que el Estado pueda cumplir con sus funciones económicas y sociales, así como controlar su territorio y su población⁴⁰ en la parte oriental de los Kivu Norte y Kivu Sur. La retirada efectiva de todas las tropas extranjeras presentes en el territorio congoleño y el desmantelamiento de las estructuras y retaguardias creadas por aquellos países para seguir con la explotación ilegal de los recursos de la RDC por milicias interpuestas, o sea la neutralización de las «fuerzas negativas». Asimismo, se debería considerar la posibilidad de crear una Corte penal Internacional sobre el Congo,⁴¹ para juzgar

y el petróleo del Alto Congo; las reservas de petróleo y de gas natural de los Kivus, graneros agrícolas del país; los diamantes del Kasai y el cobre, cobalto, manganeso y uranio del Shaba/Katanga (Ludevin, 2005:80).

³⁹ La institución del Estado de derecho se ha convertido en la prioridad del nuevo gobierno de Félix Tshisekedi, tal como se ha constatado en la entrevista a la televisión internacional francófona TV5, en septiembre de 2019, para poner fin a la cultura de la impunidad y del silencio, y proceder a la moralización de la sociedad congoleña. La RDC necesita una «reconstrucción moral», económica y social, y, en particular, la erradicación o el control de las fuentes locales y externas de financiación de las guerras: los recursos naturales.

⁴⁰ Se trata específicamente de proceder a las operaciones de desarme, desmovilización y reinsertión de las personas excombatientes, y no premiar como se ha hecho hasta ahora a los responsables de graves crímenes de guerra o de lesa humanidad, o a los señores de la guerra, mediante el reparto del poder político-militar, en el marco de las amnistías y de los mecanismos de reconciliación nacional, pues según denuncia de manera acertada Zirion Landaluza «la impunidad que han promovido las sucesivas amnistías ha legitimado comportamientos especialmente graves que posteriormente han sido repetidos por todos los actores, tanto estatales como no estatales» (2019:344-345).

⁴¹ Stearns (2012) sugiere la celebración al menos de una conferencia internacional sobre lo sucedido en el Congo, después de tantos años de guerra y destrucción, para que no caigan en el olvido los cinco a seis millones de víctimas mortales, en su mayoría civiles (o el equivalente de cinco a seis veces las víctimas del genocidio de Ruanda de 1994), y las víctimas de crímenes de guerra y de lesa humanidad. El objetivo es dar a conocer la verdad al pueblo congoleño sobre estas guerras crueles sucedidas en las décadas de 1990 y de 2000, y que los responsables puedan rendir cuenta de sus crímenes. Interesa, como ya quedó asentado en reflexiones

los crímenes políticos y económicos cometidos en este país por diversos actores nacionales, regionales e internacionales, con la intención de poner fin a la prevaleciente cultura de la violencia, el saqueo, el silencio y la impunidad. Destacan el informe de los expertos de la ONU de abril de 2001 y de octubre de 2002 y de las ONG de derechos humanos (Africa Watch, Global Witness, Amnesty International) sobre la explotación ilegal y el saqueo de los recursos de este país; el informe de la «comisión Lutundula»⁴² referente a los contratos leoninos y desequilibrados firmados entre los miembros del gobierno de transición y las multinacionales o los actores externos (2003-2006); la comisión de los parlamentarios belgas en torno a los recursos naturales de la RDC de 2003; y los graves crímenes de toda índole cometidos en este país y denunciados por el Mapping 2010 (otro informe elaborado por la ONU). Este último es muy revelador, pone de manifiesto alrededor de 673 crímenes políticos y económicos cometidos en el periodo de 1993 y 2003 o graves violaciones de derechos humanos y del derecho internacional humanitario.

Finalmente, se debería exigir un certificado de origen (tipo proceso de Kimberley) en cuanto a los minerales o productos naturales procedentes de la RDC para comprobar su recorrido y salida legales del país, junto al

anteriores (Cfr. Kabunda, 2013), el silencio sorprendente e incomprensible acerca de los crímenes políticos y económicos cometidos por todos los actores en este país .

⁴² Nombrado así por el parlamentario Joseph Lutundula, que presidió la comisión encargada de examinar la legalidad de los contratos firmados en la opacidad total —durante las guerras de 1996-1997 y 1998-2003, y en la época de la transición (2003-2005)— entre el gobierno y las empresas extranjeras y nacionales durante estos periodos. Se negaron a colaborar con esta comisión el senado belga, los responsables de las Naciones Unidas, el partido de gobierno o el Partido Popular para la Reconstrucción y el Desarrollo (PPRD) del presidente Joseph Kabila, el Movimiento de Liberación del Congo (MLC) de Jean-Pierre Bemba, el gobernador del Banco central de la RDC y el Banco Mundial (Cfr. Luigi, 2006).

embargo sobre la compra de armas y la democratización real de todos los países del África Central, en especial los de los Grandes Lagos. En esencia, la RDC, al igual que los demás países africanos, debe adoptar el sistema federal o descentralizado que permita a las poblaciones locales encargarse de la gestión de sus propios asuntos, y un modelo de desarrollo basado en la agricultura y el respeto al ecosistema; debe priorizar también, las prácticas y saberes endógenos o domésticos, alejados del mimetismo de los modos de vida y de consumo del Norte; fomentar la participación e implicación de las mujeres, determinantes como sostenedoras de la vida, para conseguir el desarrollo sustentable; y comenzar por la reforestación de Sahel y otras zonas dañadas o deforestadas.

A lo largo de este proceso, se debe evitar caer en la «ecocracia» (colonialismo ecológico), es decir, la recuperación o instrumentalización de la ecología para llevar a cabo un «derecho o deber de injerencia climática» supuestamente para la protección de la naturaleza (Cfr. Lambert, 2019:14). Dicho de otra manera, existe una cierta tendencia a instrumentalizar la ecología, considerando la deforestación como una amenaza a la paz y a la seguridad internacional. Por ende, se trata de un pretexto perfecto que posibilite una intervención militar de tipo humanitario en África o en el Sur, y no mediante el uso de la fuerza como sucedió en Somalia, Irak o Libia.

En definitiva, África debe abandonar la lógica de las economías rentistas o extractivas que ayer justificaron la colonización y en la actualidad el acaparamiento de sus tierras, con la finalidad de empezar a producir para África y para los africanos, pasando de la producción para la exportación hacia la producción para el autoconsumo y los mercados internos, pues el desarrollo es ante todo endógeno, es un proceso de ruptura. Sylvie Brunel lo denomina *made in Africa and for Africa*. Es la única manera de atacar

las causas profundas del problema con la consiguiente apuesta por otros análisis y otros medios, y así comenzar a poner fin al monopolio de Occidente sobre el control de los recursos naturales.

Referencias

- Acosta Espinosa, A. (2016). «El buen vivir, una oportunidad para construir otros mundos». En Fundación Seminario de Investigación para la Paz, *El mundo que queremos. La agenda 2030* (pp. 411-430). Zaragoza: Fundación SIP/Mira Editores.
- Afinotan, L.A. y Ojakorotu, V. (2009). «The Niger Delta crisis: issues, challenges, and prospects», *African Journal of Political Science and International Relations*, 5(3).
- «Quel développement durable pour le Sud?» (1995), *Alternatives du Sud*, 11(4), pp. 223-226.
- Amara, H.A. y Founou-Tchuigoua, B. (1990). *African agriculture. The critical choices*. Tokio-Londres-Nueva Jersey: The United Nations University Press/ Zed Books.
- Amin, S. (1995). «La désertification du Sahel africain une responsabilité mondiale». *Alternatives Sud*, 11(4), pp. 201-214.
- Amin, S. (2008). *L'Éveil du Sud. L'Ère de Bandoung 1955-1980. Panorama politique et personnel de l'époque*. Pantin: Le Temps des Cerises.
- Anta Diop, C. (1974). *Les fondements culturels d'un État fédéral d'Afrique noire*. París: Présence Africaine.
- Arozarena, R. (septiembre de 2015). «La presa Inga III: el sueño (¿loco?) de Mobutu, resucitado», *Boletín de Fundación Sur*.

- Augé, B. (2015). «Le pétrole au Nigeria, instrument de puissance et miroir d'une fragilité étatique». *Hérodote* (159), pp. 142-154.
- Balencie, J.M. y de La Grange, A. (dirs.) (2005). *Les Nouveaux Mondes Rebelles. Conflits, terrorisme et contestations*. París: Éditions Michalon.
- Balencie, J.M. y de La Grange, A. (dirs.) (1999). *Mondes Rebelles. Guerres civiles et violences politiques*. París: Éditions Michalon.
- Bassou, A. (marzo de 2017). «Ressources naturelles et réalités géopolitiques de l'Afrique». *Policy Brief*.
- Billand, A. y Nasi, R. (2008). «Production dans les forêts de conservation, conservation dans les forêts de production. Vers des forêts tropicales durables, à partir du cas de l'Afrique Centrale». En Méral, P., Castellanet, C. y Lapeyre, R. (coords.), *La gestion concertée des ressources naturelles. L'épreuve du temps* (pp. 201-219), París: GRET/Karthala.
- Boillot, J.J. e Idrissa, R. (2015). *L'Afrique pour les nuls*. París: First Editions.
- Boniface, P. (2014). *La géopolitique*. París: Eyrolles.
- Burgos Martínez, B. (2020). *El reto medioambiental en África subsahariana*. Madrid: Fundación Sur.
- Buttoud, G. (1995). *La forêt et l'État en Afrique sèche et à Madagascar. Changer de politiques forestières*. París: Karthala.
- Calvera, J. (2020). «La balcanización de la República Democrática del Congo». *Mundo Negro* (656).
- Caramel, L. (lunes 4 de junio de 2012). «L'Afrique confrontée à ses limites écologiques. Le continent cherche comment concilier développement et préservation de ses richesses naturelles». *Le Monde*.
- Cogneau, D. (2007). *L'Afrique des inégalités: où conduit l'histoire*. París: Éditions Rue d'Ulm/Presses de l'École normale supérieure.

- Cohen, C. y Lefebvre, H. (2015). «Structuration régionale et déterminants ethno-religieux de la violence politique au Nigeria depuis la fin de la dictature militaire». *Hérodote* (159), pp. 45-57.
- Courade, G. (2014). *Les Afriques au défi du XXIe siècle*. Paris: Belin.
- Cros, M.F. y Misser, F. (2006). *Géopolitique du Congo (RDC)*. Bruselas: Éditions Complexe.
- Dungia, E. (1992), *Mobutu et l'argent du Zaïre. Les révélations d'un diplomate ex-
agent des Services secrets*. Paris: L'Harmattan.
- Dumont, R. y Mottin, M.F. (1980). *L'Afrique étranlée*. Paris: Éditions du Seuil.
- Elongui, L. (abril de 2006). «Main basse sur le Congo». *Afrique Asie*, pp. 10-13.
- El Houdaigui, R. (2017). «Towards Africa's ownership of its maritime reality and potential». En *Atlantic currents, an annual report on wider Atlantic perspectives and patterns* (pp. 59-65). Rabat: The OCP Policy Center.
- Evrard, J. y Raujol, A.S. (2018). «Considérations sécuritaires dans le Golfe de Guinée». En Tobi, Y. (ed.), *Dialogues Stratégiques* (pp. 139-153). Paris-Rabat: HEC/OCP Policy Center.
- Faire, A. (1980). «Les Perspectives sectorielles en Afrique». En Amin, S., Faire, A. y Malkin, D. (eds.), *L'avenir industriel de l'Afrique* (pp. 144-176). Paris: L'Harmattan/ACCT.
- Favennec, J.P. y Copinschi, P. (julio de 2003). «Les nouveaux enjeux pétroliers en Afrique». *Problèmes économiques* (2816), pp. 14-20.
- Fanchette, S. (2006). «Le delta du Niger (Nigeria): rivalités de pouvoir, revendications territoriales et exploitation pétrolière». *Hérodote* (21), pp. 190-220.
- García-Luengos, J. (junio de 2009). «Hidrocarburos versus derechos humanos en el delta del Níger». *Relaciones Internacionales* (11).
- García-Luengos, J. (2019). «Explotación de hidrocarburos y minerales en África subsahariana: la nueva pugna por los recursos y la paradoja de la abundancia».

- En González, E.A. y Domínguez de Olazábal, I. (coords.), *Informe África 2019. Dinámicas transfronterizas en un mundo globalizado* (pp. 77-87). Madrid: Fundación Alternativas.
- Godard, O. y Hommel, T. (2006). «Les multinationales, un enjeu stratégique pour l'environnement et le développement durable?». *La revue internationale et stratégique* (60), pp. 101-111.
- Harrison, P. (1991). *Une Afrique verte*. París: Karthala/CTA.
- Harel, X. (2006). *Afrique, pillage à huis clos. Comment une poignée d'initiés siphonne le pétrole africain*. París: Fayard.
- Jalée, P. (1976). *Le pillage du tiers monde*. París: François Maspero.
- Kabunda Badi, M. (1997). «Las multinacionales: ¿factores de desarrollo o contra-desarrollo en África?» *África-América Latina. Cuadernos* (26), pp. 59-76.
- Kabunda, M. (segundo semestre de 2008). «El infarto ecológico en África: depredación, conspiraciones geográficas y económicas». *África-América Latina. Cuadernos* (45), pp. 40-64.
- Kabunda, M. (2016). «Recursos naturales, conflictos y deterioro medioambiental en África: el caso de la R.D. Congo». En CEDET, *Impacto de la minería extractiva en el cambio climático en comunidades afrodescendientes de América Latina y el Caribe* (pp. 12-35). Lima: Centro de Desarrollo Étnico (CEDET).
- Kabunda, M. (2009). «La République Démocratique du Congo postcoloniale: du scandale géopolitique au scandale des guerres à répétition», en Kabunda, M. y Jiménez Luque, T. (coords.), *La République Démocratique du Congo: les droits humains, les conflits et la construction/destruction de l'État* (pp. 31-57). Barcelona: Fundació Solidaritat UB.
- Kabunda, M. (2013). «Prefacio». En Germain Ngoie Tshibambe (dir.), *Identités, ressources naturelles et conflits en RDC. Défis méthodologiques et voies de sortie?* (pp. 13-25). París: L'Harmattan.

- Kabunda, M. (2019), «Africa on the Agenda of the new emerging partners: complementarity or alternative?». En *Africa Report. Cross-border dynamics in a globalised context* (pp. 45-54). Madrid: Fundación Alternativas.
- Kempf, H. (2007). *Comment les riches détruisent la planète*. París: Éditions du Seuil.
- Labrousse, A. y Verschave, F.X. (2002). *Les pillards de la forêt. Exploitations criminelles en Afrique*. París: Agone.
- Lambert, R. (2019). «La preocupación por la injerencia extranjera». *Amazonas, lo suyo es nuestro* (211), pp. 13-14.
- Lallau, B. (octubre-noviembre de 2016). «Terres volées, passivité internationale». *Manière de voir-Le Monde diplomatique* (143), pp. 23-25.
- Leymarie, P. y Perret, T. (2005). *Les 100 clés de l'Afrique*. París: Hachette.
- Lopes, C. (2019). *África en transformación. Desarrollo económico en la edad de la duda*. Madrid: Catarata/Casa África.
- Ludevin, M. (2005). «Washington: d'un golfe à l'autre». *Outre-Terre* (11), pp. 75-85.
- Maathai, W. (2010). *Un défi pour l'Afrique*. París: Éditions Héloïse d'Ormesson.
- Médard, J.F. (2009). «Éthique et relations internationales: corruption, gouvernance et lutte contre l'impunité en Afrique Centrale». En Ewangué, J.L. (dir.), *Enjeux géopolitiques en Afrique Centrale* (pp. 321-327). París: L'Harmattan.
- Misser, F. (2002). «Along and bitter history of plunder». *African Business* (282).
- Mvomo Ela, W. (2009). «Petrostratégie et appels d'empire dans le Golfe de Guinée». En Ewangué J.L. (dir.), *Enjeux géopolitiques en Afrique Centrale* (pp. 181-194). París: L'Harmattan.
- Nasi, R., Nguingui, J.C. y Ezzine de Blas, D. (eds.) (2006). *Exploitation et gestion durable des forêts en Afrique Centrale*. París: L'Harmattan.

- Ndikumagege, C. (2009). «Humanitarisme, migrations de guerre et dégradation environnementale dans les pays des Grands Lacs». En Ewangué, J.L. (dir.), *Enjeux géopolitiques en Afrique Centrale* (pp- 277-287). Paris: L'Harmattan.
- Nicolas, G. (1987). «Dynamique géopolitique de la Fédération nigériane». *Hérodote* (46), pp. 23-87.
- NIZA (2006). *L'État contre le peuple. La gouvernance, l'exploitation minière et le régime transitoire en République Démocratique du Congo*. Amsterdam: NIZA/ Fatal Transactions, IPIS.
- Nzongola-Ntalaja, G. (2002). «Civil War, Peacemaking and the Great Lakes Region». En Laremont, R.R. (ed.), *The Causes of War and the Consequences of Peacemaking in Africa* (pp. 91-115), Portsmouth: Heinemann.
- Parizel, D. (2008). *Agro-carburants?, biocarburants ? La menace des carburants agro-industriels!* Jambes: Éditions Nature & Progrès.
- Perry, G., Olivera, M., Ogunkola, O. y Fowowe, B. (2012). «El petróleo y las instituciones: análisis comparativo de Nigeria y Colombia». En Perry, G. y Olivera, M. (eds.), *Petróleo y minería: ¿bendición o maldición?* (pp. 291-343). Washington-Bogotá-Madrid: Banco Mundial/Fedesarrollo/Gobierno de España.
- Perry, G. y Bustos, S. (2012). «¿Qué hacen con sus rentas los países ricos en petróleo y minerales?». En Perry, G. y Olivera, M. (eds.), *Petróleo y minería: ¿bendición o maldición?* (pp. 81-130). Washington-Bogotá-Madrid: Banco Mundial/Fedesarrollo/Gobierno de España.
- Pourtier, R. (1992). «Zaire : l'unité compromise d'un 'sous-continent' à la dérive». *Hérodote* (65-66).
- Pourtier, R. (enero-febrero de 2004). «Afrique des Grands Lacs-Congo: la guerre est-elle fatale». *Questions internationales* (5), pp. 32-34.
- Pourtier, R. (2003). «L'Afrique Centrale dans la tourmente. Les enjeux de la guerre et de la paix au Congo et alentour». *Hérodote* (111), pp. 11-39.

- Pourtier, R. (2009). «La RDC à la croisée de toutes les Afriques Centrales». En Ewangué, J.L. (dir.), *Enjeux géopolitiques en Afrique Centrale* (pp. 69-76). París: L'Harmattan.
- Prunier, G. (2010a). *Africa's World War: Congo, the Rwandan Genocide and the making of a continental catastrophe*. Oxford: Oxford University Press.
- Prunier, G. (2010b). «L'Afrique et la crise: une marginalisation accrue». En Heisbourg, F. (dir.), *Les conséquences stratégiques de la crise* (pp. 165-174). París: Odile Jacob.
- Rich, B. (1994). *Mortgaging the Earth. The World Bank, environmental impoverishment and the crisis of development*. Londres: Eartscan Publications Ltd.
- Sachs, I. (1993), *L'écodéveloppement*. París: Syros.
- Santé Abal, J.M. y Romero del Hombrebuena Casado, M. (31 de mayo de 2017). «Nigeria. Elenco de conflictos. La insurgencia en el Delta de Níger». *Documento de Análisis del Instituto Español de Estudios Estratégicos*.
- Simonet, P. (junio de 2008). «Au Gabon: Brainforest, incorruptible défenseur de la forêt tropical». *Alternatives Internationales* (39).
- Smith, J.W. (1994). *The world's wasted wealth. Save our wealth, save our environment*. California: The Institute for Economic Democracy.
- Stearns, J.K. (2012). *Dancing in the glory of monsters. The collapse of the Congo and the Great War of Africa*. Nueva York: Public Affairs.
- Steta, A. (noviembre de 2017). «Venezuela: le piège de l'excrément du diable». *Revue des deux mondes*, pp. 154-161.
- Veseley, M. (diciembre de 2002). «UN Congo report dams individuals, companies, countries». *African Business* (282).
- Willame, J.C. (1986). *L'épopée d'Inga. Chronique d'une prédation industrielle*. París: L'Harmattan.

Willame, J.C. (1992). *L'automne d'un despotisme. Pouvoir, argent et obéissance dans le Zaïre des années quatre-vingt*. París: Karthala.

Yeves, E. (octubre de 2019). «El hambre en el mundo: un paso adelante, dos atrás». *Le Monde Diplomatique* (edición chilena) (211).

Zirion Landaluze, I. (2018). *Desarme, desmovilización y reintegración de excombatientes. Género, masculinidades y construcción de paz en la República Democrática del Congo*. Valencia: Tirant Lo Blanch.



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons
Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional